



## EL TAVANTISUYU (x)

---

### I.

*Estado físico, político y moral del país a fines del siglo quince —  
Origen y gobierno de los Incas.*

A fines del siglo quince, Tupac-Inca-Yupanqui había realizado el sueño de sus predecesores: el *Tavantisúyu*, donde todo hombre adoraba al Inca como hijo de la divinidad, se extendía a lo largo de los Andes desde el grado 3° de latitud Norte hasta el grado 35° de latitud Sud. Los *chasques* o corredores de Yupan-

---

(x) *Tavantisúyu*; el *Tavantisúyu* era el nombre indio del país gobernado por los Incas que en su idioma, el quichua, vale decir de las cuatro regiones. Los españoles al recorrer la costa del Pacífico, habiendo desembarcado un poco al Sur de Trujillo, en la desembocadura de un riachuelo llamado *Birú*, por los indios, emplearon este nombre del cual hicieron *Perú*, para designar todos los países conquistados más tarde por Pizarro.

El autor de este interesante estudio acerca del Imperio Incásico (*Tavantisúyu*) es el político chileno don Santiago Arcos, bien conocido por sus *Estudios Históricos*: publicados en París (1865) bajo el título *La Plata*, de cuya edición en francés traducimos este capítulo para nuestro uso particular cuando dictábamos la clase de *Historia Americana*, en el Colegio Nacional y en la Escuela Normal del Uruguay (Entre Ríos).

qui, tenían que recorrer mil leguas para llevar órdenes de una a otra extremidad del imperio.

Menos ancho que largo, el país sometido a los hijos de *Manco-Capac* estaba surcado en toda su longitud, por la inmensa cordillera de nevadas cimas. Las montañas que la forman, y que separan los grandes ríos que corren hacia el Atlántico, de los torrentes que van al Pacífico, son muy desiguales en sus declives. Abruptas y rápidas sobre la vertiente occidental podría decirse que sienten la proximidad, al estrecharse unas con otras, dejando tan sólo entre sí, profundas (quebradas) en cuyo fondo se deslizan delgados chorritos de agua. Entre las mesetas demasiado elevadas para la gran vegetación y las arenas quemadas de la costa, el país no presenta más que montes a pique donde la tierra vegetal se desmorona sin cesar, país que solo puede hacerse productivo a fuerza de trabajo.

La vertiente opuesta ofrece un aspecto distinto. Su declive es realmente suave, y se ven allí numerosas y amplias mesetas. Las corrientes de aguas que en ellas se forman recojen mayor

---

El señor Arcos, nació en Santiago de Chile hacia los años de 1822; hijo de opulenta familia, no bien terminó los estudios secundarios, amplió sus conocimientos recorriendo la mayor parte de los países europeos y americanos, profundizando sus conocimientos geográficos e históricos y especialmente los lingüísticos. De ideas liberales, fundó en Chile la *Sociedad de la Igualdad*, cuyas tendencias filosóficas y políticas, recuerdan las teorías sustentadas por Bilbao y Echeverría, coetáneamente, pero los países americanos no estaban preparados suficientemente para tan avanzadas doctrinas y especialmente Chile que resolvió el conflicto en 1852, desterrando a don Santiago Arcos al mismo tiempo que la Argentina derribaba la dictadura de Rozas.

En la nueva odisea de Arcos, en América y Europa, fué viajero, revolucionario, militar, escritor, político, literato, economista y hombre de mundo. En 1869 participó de la revolución en España y el 70 en Francia, en donde adquirió una enfermedad incurable, por cuya causa se arrojó al sena en 1874.

cantidad de nieve derretida y no tardan en convertirse en ríos. Las montañas se suceden por largos intervalos cada vez más bajas. El *guanaco*, la *alpaca*, la *llama* y la *vicuña* encontrando allí valles más extensos, pastos más ricos, son más numerosas que en la vertiente occidental. El *puma*, león inofensivo, de los Andes, los acecha, detrás de los bosquecillos de *Chañar*, único árbol que resiste a los vientos helados de las Cordilleras.

La gran vegetación empieza a aparecer a medida que la cadena se baja, y otros animales como el *ciervo*, el *pecari* de los bosques, el *jaguar*, pueblan estas tierras más cálidas. Los riachuelos se vuelven grandes ríos, en cuyas orillas los *caimanes* se calientan al sol. A ochenta leguas al Este de estas cimas cubiertas de nieve, los innumerables cursos de agua que bajan de los Andes, del *Chapiapo* al *Caqueta*, van a perderse en un sombrío Océano de vegetación, que fué por aquel lado, para los Incas conquistadores, una barrera impenetrable y tan segura como las olas del Pacífico que baten el pié de los Andes treinta leguas al Oeste de estas mismas cimas.

El bosque, en aquellos países tropicales, es inhabitable, aún para el indio. El calor que se condensa bajo estas bóvedas inmensas, que los rayos luminosos no pueden penetrar, es intolerable. Como apenas circula el aire, la humedad es constante. La tierra desaparece bajo espesas copas de hojas que se descomponen y forman un suelo de una feracidad enfermiza. La vegetación no solo se produce de abajo a arriba, sino que también de arriba a abajo.

Plantas parásitas, tan numerosas como los árboles a cuyos flancos toman raíz, envían sus largos brazos en todas direcciones. Las más gruesas ramas de árbol destrozadas por el huracán no pueden llegar a tierra; las enredaderas las detienen colgadas y a menudo un árbol secular arrancado de cuajo queda sostenido por estas mil cuerdas. Otras veces, enredándose alrededor de cinco o seis árboles, las enredaderas los cubren enteramente, se unen entre sí y forman una mole que aparece como una torre en ruinas cubierta de hojas. ¡Es la orgía de la vegetación!

Solo los reptiles se deleitan bajo estos sombríos bosques, y sin duda alguna pasarán aún muchos siglos antes que el hombre pueda abrirse allí caminos y explotarlos, antes que pueda habitar el alto curso de estos grandes ríos de la América del Sud, que echándose en el Atlántico son justamente admirados por los marinos.

Estos bosques inmensos formaban la frontera Oriental del *Tavantisúyu*; el Pacífico lo limitaba al Oeste.

La fábula propagada por los Incas a fin de darse origen sobrenatural es demasiado conocida para que sea necesario repetirla aquí. Si, por otra parte, se comprende que esta fábula haya podido ser aceptada por sus crédulos súbditos, no podría explicar por sí sola la extraña organización política del *Tavantisúyu*, y los pocos documentos históricos basados sobre las tradiciones indias, que nos han dejado los primeros conquistadores españoles, no arrojan ninguna luz sobre este punto. Sin embargo, las instituciones humanas llevan siempre en sí su historia.

El despotismo de los Incas, la lengua sagrada que hablaban entre ellos, lengua desentendida del resto de la nación y que era prohibido aprender, la diferencia que el doctor Martín ha observado entre el cráneo de los indios de clase baja y los cráneos encontrados en las *guacas*, en donde los peruanos, en el momento de la conquista escondieron las momias de sus soberanos, todo nos induce a creer que estos hijos del Sol pertenecían a la raza *Aymará*, de la cual es probable que se habían separado desde el siglo trece, para asentar su dominación sobre los *quichuas*, a los cuales esta raza extranjera consiguió imponer un régimen despótico, cual lo hubiesen envidiado Felipe II o Luis XIV, si hubiesen podido conocerlo.

Pero el origen que creo poder asignar a los Incas, no bastaría a explicar la civilización relativamente adelantada de los hombres del *Cuzco*; su superioridad sobre las demás tribus de América es debido sobre todo al país donde nació su poder.

Los documentos históricos que merecen fé nos hacen ver

que, cuatrocientos años antes de la conquista, los Incas ocupaban las altas mesetas que rodean el lago *Titicaca*. El país era frío, poco cubierto de árboles, y no ofrecía más que pastos raquíticos.

Sin embargo, el *ichu* de los Andes, hierba que prefieren el guanaco y la vicuña, abunda; así es que algunas manadas de estos mamíferos venían a apagar su sed en los riachuelos que caen en el lago salobre. Pero esas manadas eran demasiado escasas para bastar a la alimentación de los indios de las montañas. Para vivir fué necesario el trabajo constante del labrador, fué menester sembrar y esperar la cosecha. Los Incas fueron los primeros labradores: he aquí la verdadera explicación de su superioridad sobre las demás tribus indias en que el clima, la abundancia del venado y de las frutas que pueden servir a la alimentación del hombre, hacían la vida más fácil.

Frugales, duros a la fatiga, robustos y perseverantes en el trabajo, las razas que poblaban las dos vertientes de los Andes estaban mutuamente dispuestas a la obediencia. Su cráneo coronado prueba lo bastante que la veneración era el sentimiento que predominaba en ellos.

Los *Incas* encontraban, pues, en sus súbditos, las condiciones primeras del despotismo: la pobreza y la veneración. Vivir al abrigo del hombre y del frío, hubo de ser, durante largo tiempo, el bello ideal de estos pobres cazadores de *guanacos*. Los Incas al llegar entre ellos, les habían enseñado a cultivar la tierra en común, a tejer en común la lana de la *alpaca*.

Después, leyes sencillas, lógicas, de una ejecución fácil, consolidaron los primeros triunfos del trabajo sobre el hombre y el frío.

El sol que lo vivifica todo, cuyos rayos fecundizan el trabajo del labrador, fué su dios. Su jefe fué el hijo del Sol, el *Inca*. El Inca hizo las leyes. La ley tuvo, pues, su origen divino; desobedecer no era solamente un crimen, era un sacrilegio: así es que la pena de muerte fué el castigo ordinario de toda desobediencia, de todo descuido.

Para que la tradición se conservase pura, el *Inca* y su familia se aislaron de sus súbditos. Solo eran Incas los descendientes de *Manco-Capac* y de su compañera *Mama-Ocllo*. El soberano tomaba siempre por primera esposa a su hermana; volvía a ser la *Coya*. Su primer hijo heredaba el *llautu* de plumas de *co-raquenque*, que era el emblema de la autoridad soberana, como la corona para los reyes europeos. Después de su casamiento con la *coya* el soberano podía poblar sus palacios de tantas mujeres como quisiera, pero los hijos que nacían de estas concubinas pertenecían a la orden de la cual la madre había sido sacada.

Los parientes del *Inca* seguían la misma ley para sus casamientos. El número de sus mujeres era considerable, pero solo los hijos de padre y de madre *Incas* heredaban sus privilegios. Los puestos más importantes del imperio eran su gaje exclusivo; las funciones de jueces de los jueces, de gobernadores de provincias, de comandantes de fortalezas, no salían jamás de esta familia, que formaba la población señorial del imperio.

Entre los Incas y el pueblo existía una orden intermediaria, los *Kuracas*, que se reclutaban entre los jefes de las tribus anexas. Los *Kuracas*, como los Incas, se casaban entre sí. Es a ellos a quienes eran entregados los numerosos empleos de la administración.

El papel del pueblo era trabajar para estas dos órdenes; era como una máquina para todo, un instrumento de producción, de trabajo que el Inca, sin preocuparse de sus aspiraciones o de su voluntad, trasladaba a su antojo, empleándola en la construcción de templos, de los acueductos o de las fortalezas, o también en la guerra, cuyo fin era, como lo veremos, aumentar la producción del *Tavantisúyu*. Fuera de estas tres grandes divisiones, impuestas por algún modo por la triple necesidad de conservar el prestigio de una familia, de llenar las obligaciones contratadas por los jefes de las tribus conquistadas, que volvían a ser *Kuracas*, y de sujetar la masa del pueblo al trabajo, sobre el cual reposaba la organización del imperio, los súbditos del Inca para

la mayor facilidad de la vigilancia, eran repartidos en grupos de diez mil almas, confiados generalmente a un *Kuraca* y estos grupos a su vez eran subdivididos en secciones de mil, de quinientos, de cien, de cincuenta, y en fin, de diez individuos.

Cada una de estas subdivisiones tenía un jefe nombrado por el jefe inmediato superior. Los jefes de decadas eran responsables de la conducta y del trabajo de sus hombres; toda falta cometida por uno de sus subordinados le era imputada, si no había avisado a su superior. Era lo mismo desde el jefe de decada hasta el *Kuraca*.

Era difícil imaginar una policía más eficaz. Por esta organización, toda reclamación llegaba fácilmente a los jefes de sección, y las comunicaciones entre estos últimos y el soberano eran constante. El Inca podía saber todo. El buen Garcilaso se extasía sobre este sistema que permitía al Inca conocer fácilmente las necesidades de sus más humildes súbditos y de aliviar sus miserias; pero Prescott ve las cosas de otro modo: llama esta policía por escalones el más inquisitorial de los despotismos.

Desde los principios del imperio, la tierra fué distribuída en tres partes: una para el Inca, una para el Sol, una para el pueblo. Las partes fueron luego iguales entre sí; pero cuando la conquista hubo ensanchado los límites del *Tawantisúyu*, dejó de ser así. Los lotes variaban según la relación existente entre la superficie propia para la cultura y la población; en las comarcas más o menos pobladas los lotes del Sol y del Inca eran más pequeños que los del pueblo; era lo contrario en los países menos poblados. En una palabra, el Inca dejaba siempre al pueblo bastante tierra para que pudiese alimentarse con la cosecha.

El dominio del pueblo era repartido por cabeza. Cada hombre casado recibía un lote, que se aumentaba a medida que tenía hijos: se le daba un lote más por cada varón, un medio lote por cada hija. Pero el terreno que cada hombre poseía no estaba considerado como su propiedad: era el campo donde tenía que trabajar, su parte de la tarea común. Una vez hecha la cosecha, el

*Kuraca* procedía a una nueva repartición de las tierras; sin embargo, si debemos creer a Ondegardo, no era más que por forma, y para recordar incesantemente los derechos del amo soberano, puesto que los mismos lotes quedaban a veces durante varias generaciones en la misma familia.

A pesar de esta repartición de la tierra, la cultura en común quedaba obligatoria; así es que se debía ante todo cultivar los campos del Sol, después los de los enfermos, de los ancianos, de los huérfanos, de los soldados que acompañaban al Inca en sus expediciones o en sus cazas. No era sino después de esto que cada particular podía ocuparse de su campo propio, y todavía le quedaba la obligación de ayudar a sus vecinos, cada vez que tenían que hacer un trabajo urgente.

Las tierras del Inca eran las últimas sobre las cuales se reunía el esfuerzo común, para las siembras como para la cosecha. La población iba en masa. Era la ocasión de fiestas campestres cuyos rastros se encuentran todavía en las *trillas* de Chile o en las *hierras* de la República Argentina.

Por este sistema ingenioso, la alimentación del pueblo, el poder del Inca y los gastos del culto se encontraban igualmente asegurados.

Era también el gobierno que proveía el vestido de los miembros de la comunidad. Las llamas, las vicuñas, las alpacas y los guanacos que se criaban sobre las mesetas de los Andes, en estado salvaje o doméstico, eran propiedad del Inca. Los esquilaban regularmente en el mes de Noviembre; la lana iba a los almacenes del Inca, de donde se distribuía a los jefes de grupos. Estos la repartían entre sus administrados, que debían devolver una cierta cantidad de género; después se hacían tres partes de todos estos géneros como de la tierra: una para el Inca, una para los templos, una para el pueblo. Lo mismo se hacía con el algodón que se cosechaba en gran cantidad en el Norte del imperio.

Así amoldados para el trabajo, los habitantes del *Tavanti-súyu*, habrían difícilmente sufrido la ociosidad, que no se les

hubiera permitido tampoco. Todo indio llegado a sus veintidos años estaba casado de grado o por fuerza; el jefe de sección le asignaba un campo, le hacía construir una casa y le daba los pocos instrumentos necesarios para el cumplimiento de la tarea que la ley le imponía. Estas uniones voluntarias o forzadas, se hacían en masa en época de las siembras y de las cosechas, épocas de las más grandes y alegres fiestas para la población del imperio. La ceremonia nupcial se limitaba a la fiesta dada a la nueva pareja, y a la cual asistían los parientes.

El mejor historiador de los Incas observa con razón que estos reglamentos extraños relativos al matrimonio pueden dar una idea exacta del espíritu de las leyes llevadas por los autócratas. No se contentaban con vigilar sobre los intereses generales de la nación, iban hasta inmiscuirse en los asuntos privados de sus súbditos, sin dejar a ninguno su libre albedrío, ni aún en las cuestiones personales: nadie por más bajo que fuera colocado escapaba a la vigilancia, nadie, por más encumbrado, que pudiese sustraerse a la voluntad del amo quien pesaba despóticamente sobre todos los actos de la vida de cada uno. La existencia del individuo estaba en algún modo absorta de la existencia del Estado; no debía tener otros temores y otras esperanzas, otras alegrías y otros pesares, ni permitirse otros desahogos sino los que le permitía la ley. El *quichua* no podía ni ser feliz a su gusto. No había pobres en el *Tavantisúyu*, pero no había hombres tampoco, no había más que máquinas.

En semejante país sin comercio, sin propiedad territorial, el papel del juez debía limitarse a castigar los actos de desobediencia; y se puede pensar, según lo dicho, que la tarea era fácil. Los jueces tenían cinco días para fallar todo proceso, para purgar la sociedad de todo súbdito rebelde.

Queriendo sin embargo conservar para sí solo el privilegio de la arbitrariedad, el Inca, nombraba jueces que recorrían el *Tavantisúyu* y sometían las decisiones de los tribunales ordinarios a un severo examen.

Así marchaba este inmenso arriendo que ocupaba una superficie de más de un millón de leguas, donde cinco o seis millones de individuos trabajaban para un solo dueño.

---

## II.

*La Capital del Imperio, la Ciudad Santa de Cuzco — Su fortaleza. — Su templo. — Las vírgenes del Sol. — Entretenimiento de los habitantes.*

La residencia del Soberano era el *Cuzco*. Esta ciudad en la época de que estamos hablando era ya tal como la encontraron los primeros españoles. Aunque capital del Imperio más poderoso de América, contaba apenas ochenta mil almas. Como el Inca fijaba a sus súbditos su residencia, daba a sus ciudades la población que él quería. Los habitantes del *Tavantisúyu*, viviendo, además, sin comercio, sin ocio, no conociendo otros placeres que las fiestas oficiales, no teniendo ningún motivo para aglomerarse sobre un punto; y si la ciudad sagrada había alcanzado esta cifra relativamente elevada de población, es que tal había sido el gusto del Inca, causa de todo en un imperio donde el poder había llevado la atención hasta querer dispensar los pequeños como los grandes de las molestias del libre albedrío.

Esta población se componía de los soldados favoritos de *Yupanqui* y de sus servidores, de los sacerdotes, muy numerosos (Jerez pretende que había cuarenta mil en Cuzco) de las vírgenes del Sol, quienes, como las vestales de Roma, entretenían el fuego sagrado, y de los jefes de las tribus conquistadas.

Estos pobres cautivos aguardaban, ahí las órdenes del Inca, a menudo el cumplimiento de sus promesas; pero estas órdenes no llegaban nunca, las promesas eran siempre eludidas; envejecían vigilados por toda una población, que vivía de los esplendores del imperio; aprendían el *quichua*, olvidaban el idioma propio y acababan por confundirse en el inmenso rebaño, cuando no morían de pesar.

La ciudad de *Cuzco*, situada en medio de las mesetas de la vertiente oriental de los Andes, era rodeada de un horizonte de montañas. Un riachuelo, el *Huatanay*, la atravesaba, y la dividía en *Haman-Cuzco* y *Hurin-Cuzco*, la ciudad alta y la ciudad baja. Calles largas y angostas se extendían de ambos lados del riacho; puentes de madera cubiertos de piedras chatas facilitaban la comunicación de una a otra orilla.

Las habitaciones del pueblo, como las residencias del Inca, tenían todas la misma forma, y no se diferenciaban más que por sus dimensiones y por los materiales de su construcción; tenían todas la forma de un cuadrado alargado, y todas estaban cubiertas de paja y no tenían otro pavimento que la tierra batida.

Estas tristes viviendas sin ventanas, no recibían el aire y la luz más que por una abertura estrecha, más ancha en su base que en la cima y bastante parecidas a las puertas de los sepulcros egipcios. Las de los soldados y las de los cautivos eran de *adobe*. Los templos y las residencias del Inca eran de piedra cuidadosamente labrada y juntadas con gran precaución. Los españoles quedaron admirados de la dimensión enorme de los pedruzcos empleados en las construcciones peruanas. Se ven aún algunas en la iglesia de los Dominicanos, edificada sobre el mismo templo del Sol, que miden treinta y ocho pies de largo y diez y seis de ancho por seis de grueso. En esto consistía todo el lujo del edificio. Las piedras no estaban juxtapuestas de una manera simétrica: al lado de un pedruzco enorme de forma irregular se colocaban otros más pequeños para regularizar la construcción, pero se tenía siempre cuidado de pulir las caras, a fin de asegurar la solidez.

Este trabajo estaba hecho con tanta minuciosidad que en las paredes que existen todavía es difícil introducir entre las piedras la hoja de un cuchillo.

Los techos de paja que cubrían todos estos edificios, el templo como la más humilde vivienda, y su elevación uniforme, daban a *Cuzco* el aspecto de una inmensa aglomeración de chozas. Debió ser una triste capital para los hombres que venían de Venecia o de Sevilla, pero era una maravilla sin igual para los pobres salvajes de *Huallala* o de *Atacama*.

Los *Incas* por medio de higiene, habían dispuesto en la ciudad inmensas plazas, que a primera vista parecían desproporcionadas con la población. En efecto, los días en que los habitantes estaban ocupados en tejer las lanas de las alpacas o en trabajar los campos que regaba el *Huatanay*, éstas plazas parecían como campos incultos, olvidados en medio de las casas; pero no se debe perder de vista que *Cuzco*, de la cual los indios, aún de nuestros días, no se acercan más que con respeto, era la ciudad santa, y que a ciertas épocas venían de los puntos más extremos del imperio en peregrinación al templo del Sol. Entonces una población tan numerosa como la de la ciudad acampaba sobre estas grandes plazas o se reunía allí para las fiestas.

Afuera de estos vastos espacios, la mayor parte desiertos, había gran número de casas vacías (*tambos*), contribuían también a dar a *Cuzco* una apariencia de tristeza que no cesaba sino cuando las fiestas religiosas o la voluntad del Inca duplicaban por algunos días la población de la capital del imperio.

La ciudad lindaba, al Norte, por *Sacsá-Huaman*, colina de pendientes rápidas, sobre la cual los *Incas* habían establecido una poderosa fortaleza. La defensa del lado de *Cuzco* consistía en una sola muralla en escarpa, muy espesa. El aproche estaba suficientemente protegido por las quebradas que cortaban el terreno. Del lado opuesto dos murallas circulares formaban un doble recinto con espacio fortalecido. Al Este y al Oeste fosos profundos, cuya tierra había sido echada de un solo lado, para formar pa-

rapetos, que fueron considerados como suficientes en razón de los obstáculos naturales del terreno.

La fortaleza estaba además defendida por tres gruesas torres. La torre central, *Mayoc-Marca*, conteniendo unas piezas que servían a veces de residencia al Inca; las otras dos, *Saucar-Marca* y *Sayac-Marca* estaban ocupadas por una guarnición de guerreros selectos, colocados bajo las órdenes directas del Inca. De cada una de estas torres salía una galería subterránea que comunicaba con los puntos más importantes de la ciudad. Las torres, como las murallas, eran compuestas de pedruzcos enormes, era una obra ciclópea, en la cual todo había sido sacrificado a la solidez.

La tradición quería que veinte mil hombres hubiesen trabajado durante cincuenta años para construir esta fortaleza, que, sin duda, hubiera hecho sonreír a un ingeniero de nuestros días. Cualquiera que sea, hay ahí un hecho que demuestra en los soberanos del *Tavanti-súyu* una gran firmeza de voluntad, y una política, un fin bien determinado, y si se piensa que los *quichuas* no tenían animales de tiro, ni casi útiles, se convendrá que estos trabajos hubieron de ser más difíciles para ellos que la construcción de los monumentos de Egipto para los Faraones. Los unos como los otros demuestran además que por todas partes, a orillas del Nilo como sobre los Andes, las sociedades humanas, en su infancia, obedecieron a un solo dueño y usaron de los mismos medios.

Del lado opuesto de la fortaleza, sobre el *Coracancha* (la plaza del oro), se levantaba el templo del Sol. Su fachada miraba a una de estas plazas de que hemos hablado. Su forma era un cuadrilongo que se redondeaba a su extremidad; detrás del altar se había reservado un espacio semi-circular, donde depositaban las momias de los Incas que habían reinado y de sus *coyas*. Los muros eran de granito y el techo de paja.

Este inmenso galpón, como lo llama Ondegardo, no tenía nada en el exterior que llamase la atención, pero el interior en-

cerraba más riquezas que las más ricas catedrales cristianas o que la *Kasba de la Meca*. En el *Tavantisúyu* el oro y la plata no tenían otro empleo que la fabricación de las alhajas que llevaban los Incas y los Kuracas: el resto estaba depositado en los templos. Así, pues, la casa santa de Cuzco estaba tapizada de anchas chapas de oro; las cornizas, las pequeñas estatuas colocadas en los nichos de los muros, los asientos del Inca, los vasos que contenían el fuego sagrado, los cuchillos de los sacrificadores, todo era de oro y de plata.

Este lujo que nos deja admirados, no debía producir las mismas sensaciones en los quichuas. Para ellos estos metales eran preciosos, sin duda, pero no tenían la misma significación que para nosotros. Sus instituciones no les habían hecho sentir la necesidad de una medida de los valores para facilitar los intercambios; no tenían moneda. Las palabras *compra, venta, caro, barato*, no existían en el idioma del Cuzco. Los indios, aún hoy día, para expresar estas ideas, usan las palabras españolas, así como para designar una vaca, un caballo, un fusil. Con el oro y la plata el hombre del viejo mundo cree poder comprarlo todo: placeres, consideración, felicidad, poder; el quichua, con el oro y la plata, que era para él lo que para nosotros el fierro, no sabía hacer más que algunas alhajas groseras o vasos que no le representaban otra ventaja que la de ser más sólidos que sus vajillas de barro, incapaces de resistir al menor choque. Los indios empleaban también gustosos estos metales en el adorno de sus templos, pues, podían pulirse fácilmente y porque brillaban. Y no había diferencia ninguna entre el oro y la plata, más difícil de purificar, pero que tenía para ellos las mismas cualidades. De todo lo que encerraba el templo lo que más admiraban era la decoración del fondo, que hemos llamado el *altar del Sol*. Un europeo hubiera preferido los asientos pesados y macizos donde reposaban las momias escondidas detrás de las chapas delgadas y pulidas que formaban este altar. Era, según los Incas, la Imágen del Sol. Lo habían representado como otros pueblos, por una cara humana ro-

deada de rayos, y estos rayos que ocultaban el santuario a las miradas de los profanos, estaban compuestos alternativamente de chapas de oro y de plata, largas, de ocho a nueve pies, y anchas a su extremo, de cinco a seis pulgadas. En las grandes fiestas, que tenían lugar cuando el Sol al salir daba de lleno con sus rayos sobre esta masa de metal pulido, el altar resplandecía como un sol verdadero: espectáculo espléndido que ninguna religión ha sobrepasado todavía.

La fortaleza y el templo eran los dos edificios más bastos de Cuzco.

El templo del Sol estaba cuidado por jóvenes vírgenes. Su convento se componía de pequeñas chozas rodeadas de una pared, donde, bajo la dirección de las *Mamaconas*, las elegidas hilaban las más sedosas lanas de las vicuñas y tejían los vestidos del Inca. Los géneros que salían de sus manos eran tan finos, tan bien elaborados y teñidos con colores tan vivos, que, en los regalos que Pizarro envió a Felipe II como su parte del rico botín hecho en la toma de Cuzco, había creído poder hacer figurar unas mantas o cobertores. Estas santas jóvenes fabricaban también bebidas fermentadas que los quichuas apreciaban mucho. La ociosidad no existía en el convento de las Elegidas más que en el resto del imperio.

La ciudad santa no tenía paseos; los quichuas, cuando querían divertirse, se trasladaban al *Sacsá-Huaman*, sobre la vertiente opuesta a la fortaleza, para entregarse allí al juego que puede llamarse de las carreras de piedras.

He aquí en que consistía este juego, que se ha perpetuado hasta nuestros días, apesar de la fuerte competencia que le han hecho los dados y los naipes. Los jugadores, siempre en número impar, tres, cinco o siete, se colocaban sobre un punto elevado, eligiendo en lo posible, una *cancha*, es decir, un terreno, un campo de carrera, de pendiente uniforme, ofreciendo a los jugadores una suerte igual. Llegaban cargados de tantas gruesas piedras como había jugadores; a una señal dada, cada uno lanzaba o de-

jaba resbalar una piedra. La primera que llegaba al bajo de la colina ganaba un punto. Aquel que había hecho más puntos recibía de cada jugador un cántaro de *Chicha*, que bebían juntos sobre la montaña misma.

Este juego puede parecer monótono, pero tenía gran encanto para los quichuas, y es verdaderamente tan interesante como una carrera de caballos o las evoluciones de un dado sobre un tapiz verde. Para comprenderlo hay que haber visto la ansiedad con la cual los jugadores siguen los saltos de la piedra sobre el plano inclinado donde anda rodando, haber oído los gritos de estos grandes niños, que creen activar su carrera animándola o insultándola si se deja tomar la delantera. Las mejores *canchas* se reconocen todavía por los montones de piedras que se hallan a menudo al pié de ciertas colinas.

Otra diversión de los habitantes de Cuzco consistía en dejarse resbalar sobre una larga roca pulida que se vé todavía en el *Sacsá-Huaman*. Los indios gustaban de este ejercicio, porque estaban frecuentemente obligados a practicarlo en sus cacerías o sus viajes, para bajar más rápidamente los declives nevados de las Cordilleras.

Hay que citar también entre los pasa-tiempo de los quichuas ciertos espectáculos que se daban sobre las plazas de Cuzco; eran dramas dialogados en los cuales figuraban los antiguos incas, y donde se contaban sus amores, sus hazañas o sus triunfos. La tradición de estos entretenimientos se ha perdido completamente; pero su existencia es atestiguada por Ondegardo y Sarmiento, que escribían a mediados del siglo diez y seis.

---

## III.

*Estado de las Ciencias — Los Quipus*

Las ciencias estaban poco adelantadas en el Tavantisúyu. El uso de la escritura era desconocido antes de la llegada de los españoles. La suplían por lo que se llamaba los *quipus*. Eran filias de cuerdas de dos pies de largo formadas de hilos de diferentes colores, con ayuda de los cuales se llegaba a expresar una variedad sorprendente de hechos y de cosas. Los nudos que se hacían en ellas representaban números; los colores, objetos o una idea abstracta: así la paz se designaba por un hilo blanco, la guerra por un hilo colorado, la muerte por un hilo negro; lo que tendería a demostrar que hay cierta conformidad de cerebro como hay conformidad de cuerpo entre todas las razas humanas esparcidas sobre la superficie del globo.

La guardia de los *quipus* estaba confiada a un cuerpo especial, los *Quipucumayas*, quienes, como los *Amautas*, formaban una especie de Academia de Ciencias.

Eran éstos seguramente anales muy elementales, pero que constituían sin embargo un inmenso progreso si se mide con el estado de los conocimientos en aquella época, entre las demás poblaciones de América.

La ciencia de los *quipus* era un privilegio reservado a los Incas, y a los Kuracas, que alimentaban solos el cuerpo de los *quipucumáyas*, y al cual no podía aspirar la gente del pueblo ni tampoco a ninguna otra ciencia. Garcilazo de la Vega, que descendía de los Incas y era gran admirador del origen de cosas establecido entre ellos, queriendo dar al mundo una alta idea de la sabiduría de *Tupac-Yupanqui*, cita, como una de sus máximas favoritas, la siguiente: "Está prohibido enseñar al pueblo las

ciencias que pertenecen a los hombres nobles, por temor de que busque a elevarse y se vuelva orgulloso, lo que comprometería la seguridad del Estado. No debe conocer más que los oficios que conocían sus padres, pues, el mando no está hecho para el plebeyo. Sería ofender al Estado el dar un rango importante a un hombre de baja clase”.....

Así es que los *Amautas* no comunicaban su ciencia sino a los miembros de la familia sagrada y a los hijos de los Kuracas. Todos los hombres destinados al mando debían seguir sus cursos. Allí enseñaban el idioma quichua y los cantos de los más afamados *Haravecs*, los poetas del imperio. Se enseñaban sobre todo las formas de la elocuencia, pues, parece que en el *Tavanti-súyu*, como actualmente entre los indios, *Aucas*, *Pampas* o *Ranqueles*, que viven alejados de la civilización, la elocuencia era la más apreciada de todas las cualidades.

---

#### IV.

##### *Ejército — Sistema de conquistas.*

El sistema social que hemos tratado de hacer comprender era extraño sin duda, pero no dejaba de tener algo bueno; si quitaba al individuo toda iniciativa, si le condenaba a un trabajo monótono, a una condición de la cual no podía aspirar a salir, en cambio le aseguraba el alimento, el vestido y el alojamiento. No se puede negar que había en esto un gran progreso, sobre todo, cuando se piensa el modo de ser de las demás tribus americanas, expuestas a las privaciones, pasando de la pereza más embrutecedora a los duros trabajos del cazador, que les proporcionaban algunos días de una abundancia excesiva, para dejarlos bien pronto

recaer en la última angustia; aquí es el animal aislado; allí, un rebaño obediente a un jefe comparativamente inteligente que sabe el fin que se propone alcanzar.

Sin embargo, el verdadero progreso, es decir, el trabajo que las naciones hacen sobre sí mismas para aumentar su riqueza y su poderío, para mejorar la condición material y moral de los individuos, no existía en el *Tavantisúyu*.

La organización del imperio, que lo proveía todo, que asignaba a cada hombre su lugar y su esfera de acción, mataba toda ambición individual.

Pero, como el progreso es una condición de vida o de muerte para toda sociedad humana, el imperio de los Incas debía progresar de un modo o de otro, bajo pena de ver la decadencia seguir de cerca su establecimiento, pues, tal es la ley inevitable de las naciones: si no adelantan, retroceden inevitablemente. Cuando han errado su camino, pueden volver atrás para tomar otro, pero no pueden quedar estacionarias.

Es por la guerra que progresaba el *Tavantisúyu*; la conquista, en efecto, tenía por resultado ordinario la aumentación de los campos de *maíz*, de *coca*, de *yuca* y de *algodón*, y la incorporación al imperio de las poblaciones conquistadas, proporcionaba los datos necesarios a su cultivo.

Se sabe, por otra parte, que los Incas beneficiaban del trabajo de las dos terceras partes de los productos que la ley les asignaba a ellos y a los templos. Es, pues, fácil comprender que la guerra se haya vuelto su ocupación ordinaria.

Los ejercicios engrosados de todos los hombres que se podían sacar de los campos, sin perjuicio de la agricultura, estaban mandados por los Incas o los Kuracas.

Por lo demás, las guerras que emprendieron los Incas fueron relativamente poco crueles. Les importaba no desperdiciar las poblaciones, es decir, los brazos que se necesitaban para el cultivo de la tierra. Más aún; la guerra tuvo un carácter sagrado; la conquista, en efecto, hubiera sido inútil si el culto del Sol y la

adoración del Inca, que era su más útil resultado, no se hubiera generalizado entre las poblaciones sometidas.

Aquello explica también por qué los Incas, al revés de los otros conquistadores religiosos, de los árabes, por ejemplo, parecen haberse mostrado tolerantes. Con tal que conociesen el Sol como divinidad principal, las tribus conquistadas podían seguir adorando al mismo tiempo, sus antiguos ídolos; estaban aún admitidos, como divinidades secundarias en el gran templo de Cuzco, donde ocupaban el mismo lugar que los santos en las iglesias del culto católico.

La organización superior del Tavantisúyu debía, como ha sucedido en todas las demás partes, darle sobre los países vecinos una fácil superioridad; así es que los ejércitos de los Incas fueron siempre venturosos. Bajando luego de las altas mesetas donde habían asentado su dominación, alrededor del Lago Titicaca, se habían extendido primero sobre el valle donde corre el *Quillibamba*, y allí habían fundado Cuzco, la Ciudad sagrada del Tavantisúyu. Avanzando después de día en día en las tierras que presentaban más analogía con las montañas de donde habían partido, habían extendido sus conquistas sobre ambas vertientes de los Andes, al Norte, principalmente. Los valles del *Jauja*, de *Paucartambo*, las tierras cálidas que riegan el *Urubamba*, el *Apurímac*, el *Halallala*, el *Tunguragua*, las llanuras que se extienden sobre los Andes y el Pacífico, llanuras quemadas, pero que la irrigación fertiliza, habían sido rápida y sólidamente anexadas. Y cada una de estas conquistas había aumentado el número de los adoradores del Sol y súbditos del Inca. También *Tupac-Yupanqui* podía reunir doscientos mil soldados; veinte mil le acompañaban cuando emprendía sus grandes cazas. Los graneros del imperio encerraban maíz bastante para alimentar sus habitantes durante un año, aún cuando las necesidades de la guerra hubiesen reclamado todos los brazos. Los templos edificados al Sol, los acueductos que llevaban lejos el agua de los torrentes para fertilizar las llanuras áridas, las vastas e indestructibles fortalezas que defendían las

ciudades y abrigaban a los soldados, el esplendor de Yucay, la residencia del Inca, todo afirmaba el poderío del imperio, y los pueblos del Tavantisúyu podían fácilmente creer que el reino de los hijos del Sol sería eterno como el astro que adoraban.

Pero se formaba a unas mil leguas de allí una tormenta que debía derribar hasta los cimientos de este edificio tan brillantemente apuntalado y en apariencia tan sólido. Hacia la época de que hablamos, un pobre marinero genovés, que veía en el Océano una ruta, donde otros veían un obstáculo, mendigaba de corte en corte un poco de dinero para marchar a la realización de sus ensueños. Trás él iban a arrojarse sobre estos rebaños humanos unos conquistadores de apetitos insaciables. La comunidad de los quichuas, debía fatalmente derrumbarse bajo el choque de una civilización más adelantada en el arte de la destrucción.

Pero no nos anticipemos sobre los sucesos y volvamos a nuestro punto de partida a fines del siglo quince.

---

## V.

*Los últimos Incas — Yupanqui — Conquista de Quito — Entrada triunfal del vencedor en Cuzco — El palacio de Yucay.*

El trono de los Incas estaba entonces ocupado, lo hemos dicho, por el viejo *Yupanqui*. Su hijo mayor, *Huayna Capac*, que debía un día ceñir su frente con las plumas del *coraquenque*, se encontraba lejos de Cuzco, al extremo Norte del país anexado, guerreando y negociando a la vez con los *sciris* o jefes de las tribus que habitaban al pié del Chimborazo.

Las poblaciones de las altas regiones del Ecuador obligadas a sembrar para vivir, se habían aumentado y establecido sobre las altas mesetas del *Titicaca*; así es que también la conquista de estas comarcas presentaba a los Incas más dificultad que la de los valles del *Tavantisúyu* donde no habían tenido que luchar más que con tribus cazadoras esparcidas sobre un territorio inmenso sin lazos ni comunidad de intereses.

Los *sciris* de *Quito* oponían una resistencia obstinada; pero *Huayna Capac* no era hombre que se desanimase; su padre, además, le mandaba continuamente refuerzos, y los campamentos de los hombres del Sud se aproximaban cada día más a *Quito*. Cosa notable; estos campamentos perdían a la vez su aspecto militar para transformarse en aldeas permanentes. En cada una de estas nuevas aldeas, *Huayna* hacía construir una fortaleza que servía de abrigo a los guerreros y de almacén para la parte de las cosechas que tocaban al gobierno y al Sol. Junto a la fortaleza y bajo su protección se levantaba un templo consagrado al Sol, pero donde, como hemos tenido ocasión de decirlo, los dioses de las tribus conquistadas eran admitidos, y ocupaban unos nichos practicados a propósito en los muros laterales.

Cuando *Huayna Capac* encontraba un punto importante que guardar, informaba a su padre por sus *chasques*. *Yupanqui* ordenaba el alistamiento de un *mitimaes* en una de las partes más pobladas de sus antiguos dominios y entre sus fieles súbditos. El *mitimaes* era una colonia de diez a doce mil hombres que se transportaban sobre el nuevo territorio, allí se establecía, y amoldaba el país conquistado, a la sumisión, a los hábitos de trabajo y al culto del Inca. Por su lado *Huayna Capac* reunía sus prisioneros, hacía una batida para procurárselos, si no tenía un número suficiente, y enviaba, bajo buena escolta, a *Yupanqui*, un rebaño de diez a doce mil hombres que se repartían en los campos y en las casas que los *mitimaes* acababan de abandonar.

Empero, los habitantes de *Quito* se veían cada día rodeados de más cerca por este ejército paciente, que nada desanimaba, que

los refuerzos renovaban sin cesar. Previendo que tarde o temprano tendrían que ceder, no estaban lejos de aceptar un arreglo: Eran ,como los Quichuas de Cuzco, Indios de cráneo redondeado, por consiguiente predipuestos a la sumisión. Después de todo, no se les pedía más que consentir su anexión al gran imperio, cuya organización no tenía nada que les repugnase; les aseguraba la casa, el alimento, el vestido, y por todos estos bienes no exigía más que la sumisión; unos trabajos que a menudo se asemejaban a fiestas, y el culto de un astro eminentemente benéfico: ¿qué arriesgaban al pasar bajo el cetro del Inca?

*Huaypa - Capac*, político hábil así como valeroso soldado, mantenía hábilmente éstas disposiciones. Parecía no hacer la guerra más que con pesar, y para acatar las órdenes de su padre. Y además hacía entender a los Quiteños que las mesetas del Chimborazo eran mucho más bellas que las de Cuzco, que él amaba ésta tierra del Ecuador de donde el Sol parecía no alejarse sino con pesar, que su país estaba destinado a ser el centro del *Tavantisúyu*, debiendo los hijos del Sol residir en las comarcas que parecían más cercanas a su divinidad. Se esforzaba sobre todo de sobornar al *sciri*. Este tenía una hija única de una maravillosa belleza, la joven *Pacha*. Aunque casado ya con su hermana, *Huayna* se la pedía para hacer de ella su esposa favorita. No desperdiciaba ninguna ocasión de recordarle que los jefes de los pueblos anexados al imperio ocupaban un rango importante en el Tavantisuyú; que era entre los *Kuracas* que se reclutaban los sacerdotes, los Gobernadores, los Jueces, todos los grandes funcionarios. Sería locura, además, querer oponer más larga resistencia a los hijos del Sol, destinados a dominar sobre toda la tierra. Y mientras *Huayna* hablaba de unión, de fiestas, de paz, sus capitanes asolaban las cosechas, y llevaban los labradores prisioneros.

El *sciri* cedió al fin, y los hombres de *Cuzco* ocuparon *Quito*. Los sacerdotes del Sol los siguieron pronto; y hácia el año 1498, el trabajo de asimilación empezó. Como Cuzco, Quito tuvo

su fortaleza, que mandaba un Inca; su templo, cuyo gran sacerdote, era igualmente Inca.

Llamado por su padre, Huayna se hizo acompañar por su nueva esposa, por el *sciri* y por los principales jefes quituanos. Cuzco tomó desde aquel momento, un aire de fiesta y de animación, que no era el ordinario. Cada cual quería festejar a *Huayna Capac* y sus valientes tropas, que desde tanto tiempo, guerreaban al Norte del imperio. Estaban impacientes por contemplar el gran *sciri* de Quito.

El viejo *Yupanqui*, orgulloso de un hijo tan hábil en la guerra, hizo que su vuelta fuese una gran fiesta, que los *quipucumayas* y los *haravecs*, habrían de perpetuar en la memoria de los pueblos, como uno de los bellos días del imperio. Arcos de triunfo se elevaron sobre todo el camino que debían recorrer, y los gobernadores de todas las provincias mandaron *haravecs* para cantar sus victorias. La población de Cuzco se encontró luego más que duplicada por los indios que de todas partes acudieron para prosternarse delante del vencedor. Sobre el *Moyoc-Marca* flotaba una inmensa bandera con los colores del arco iris, insignia del Inca reinante. El *Coracancha* estaba adornado con bambúes soportando chapas de oro pulido que resplandecían al Sol (1).

El gran día iba a aclarar por fin. La población en vestidos de fiesta, cubría el *Sacsahuaman* para ver llegar a los vencedores.

*Huayna* había acampado cerca de la ciudad para hacer su entrada al amanecer. *Yupanqui* y sus servidores le esperaban al *Moyoc-Marca*.

Al salir el Sol el ejército de *Huayna* llegó a la fortaleza adornada para la fiesta; los comandantes llevaban atados a sus

---

(1) Nos complacemos en repetir los detalles dados sobre esta fiesta por los historiadores que han escrito en el tiempo de la conquista, porque hacen ver que los quichuas celebraban el triunfo de los vencedores con los mismos signos exteriores que los pueblos del viejo mundo: las similitudes morales se reproducen en el mundo exterior por similitudes materiales.

hombros un ligero fardo, como señal de respeto por *Yupanqui*; delante del cual debían presentarse. Los prisioneros fueron igualmente cargados con un fardo, pero un poco más pesado, para entrar en la Ciudad Santa.

*Huayna* y sus valientes capitanes, el *sciri* de Quito y la bella *Pacha*, penetraron solos en la fortaleza. Al entrar, se prosternaron delante del Inca y no se levantaron sino cuando éste hubo arrojado a *Huayna* el *llautu* blanco y oro que ceñía su cabeza. *Huayna*, quitándose luego el suyo, lo arrojó a *Pacha* y ató alrededor de su frente aquel que su padre le daba. Esta ceremonia era tomada de una costumbre de los indios en guerra: cuando toman una (aldea) por asalto o persiguen su enemigo vencido, arrojan a aquel que se rinde alguna parte de su vestido. El hombre o la mujer que ha aceptado del guerrero ésta prenda o cualquier otra de la misma naturaleza, está respetado por los otros guerreros y guardado con los prisioneros para volver a ser, después de la batalla, la propiedad de aquel hombre que le ha salvado la vida. Al tomar al *llautu* de *Yupanqui*, *Huayna* se declaraba su esclavo; *Pacha*, guardaba el de *Huayna*, le reconocía como su Señor y dueño.

Luego que *Huayna* se hubo levantado, unos treinta indios sacaron de unas largas cornetas sonidos agudos, como los de nuestros clarines y la vanguardia se puso en marcha en dirección al *Coracancha*. Esta vanguardia se componía de mil hombres armados de hondas, que avanzaban sin ningún orden. Seguía una tropa más numerosa de arqueros, caminando igualmente a su gusto: eran hombres de las tribus sometidas del *Urubamba* y del *Tunguragua*. Venían después unos guerreros armados de venablos y de *torzales* (1) y caminando en línea como los soldados

---

(1) Es un arma que tiene alguna analogía con el lazo que todo el mundo conoce, y que sirve igualmente para apoderarse de los animales salvajes, y en caso de necesidad, para abatir un enemigo. Se compone de tres tirillas de cuero de un metro de largo, atadas juntas por uno de

de Europa. Por entre estos hombres avanzaban los prisioneros, encorvados bajo su fardo. Los lanceros formaban la vanguardia, estaban, como los hombres armados de *torzales*, divididos en pelotones de veinticinco a treinta, mandados por un *Kuraca*.

Un espacio de cuatrocientos metros separaba la vanguardia del cortejo de Yupanqui, encabezado por los servidores del Inca, apartando del camino todo obstáculo que hubiese podido hacer tropezar los portadores del soberano, y cantando himnos de alabanzas para las hazañas del hijo del Sol. Seguía una tropa de guerreros armados de cortas espadas de bronce o de mazas hechas de la madera dura del *Ucayali*. Todos lucían vestidos de fiesta, consistiendo en géneros de algodón con rayas rojas y azules, o figurando un tablero de damas de estos dos colores.

Los guardias de Yupanqui, en número de tres mil, más o menos, se distinguían por sus túnicas azules, salpicadas de pepitas de oro y centellaban al Sol. Estaban armados con espadas cortas o mazas de armas con cabeza de plata. Era un batallón sagrado que no tomaba parte en el combate más que en las circunstancias más difíciles. Rodeaban las literas de *Yupanqui* y de *Huayna*.

La litera de Yupanqui era una silla de oro, llevada sobre largos bambúes por dos hombres de igual estatura, que caminaban con todo cuidado para preservar a su amo de la menor sacudida. Si el uno de ellos tenía la desgracia de tropezar o de dejarse caer, era inmediatamente reemplazado y entregado a los guardias, que lo mataban sin compasión. A pesar de este peligro, se consideraba

---

sus extremos y llevando cada una al otro extremo una piedra envuelta en cuero. Se toma por una de estas piedras, más pequeña que las otras dos, se agita rápidamente por encima de la cabeza, como si fuera una honda, y se la lanza por las piernas traseras del animal que se persigue. Si no está errado el golpe, las dos bolas más gruesas que han seguido a la más pequeña, más o menos como las alas de una flecha, se enredan por la fuerza de impulsión, alrededor de las piernas del animal, cuyos movimientos paralizan de este modo. (Esto no es el lazo, sino las boleadoras.  
—(Nota del traductor).

tanto el honor de figurar entre los portadores del hijo del Sol, que este favor era envidiado por los más grandes Kuracas. Recostado más bien que sentado, el viejo Inca, dominando la muchedumbre que se arrodillaba a su paso, iba envuelto en una larga pieza de paño de vicuña, fina como un chal de cachemira, que le cubría enteramente. Por tocado no llevaba más que un cordón colorado que le señía la frente y sostenía las dos plumas de *cora-queque*, emblema de la soberanía. Dos enormes arillos de oro, figurando dos tetillas le caían hasta los hombros. Las costumbres que tenían los Incas de llevar estas alhajas macizas les deformaban el lóbulo de la oreja, a tal punto que se volvía más grande que la parte superior. Esta deformidad explica el nombre de *Orejones* que los españoles dieron a los primeros incas que vieron en *Tumbe*. Yupanqui no llevaba arma ninguna.

La litera de Huayna, más liviana que la de su padre, era toda de bambúes, vestidos con un tejido de plumas de pájaros, de colores brillantes. Los palos de los portadores eran adornados de anillos de oro y de plata. *Huayna* llevaba el *llantu* que su padre le había arrojado en el *Moyoc-Marca*. Era un cordón blanco y oro que le oprimía las sienes y sujetaba su espesa y larga cabellera. Una túnica o más bien una camisa sin mangas, de lana de alpaca, y sin ningún adorno, sujetaba al rededor de su talle por una cintura de plumas trenzadas y le descendía abajo de la rodilla. Estaba calzado con botas largas sin costuras, hechas con el cuero de la pierna de un guanaco. Una amplia capa blanca como la nieve flotaba sobre sus hombros y estaba sujeta sobre su pecho con un alfiler de oro, cuya cabeza enorme incrustada de turquesas, formaba un pequeño escudo que le cubría el seno izquierdo. Tenía en la mano un pequeño venablo de bambú con punta de plata; una espada corta de bronce, cuya empuñadura de plata estaba igualmente incrustada de turquesas, colgaba a su cintura. Su actitud era rígida y altanera: miraba impassible a la multitud que le doraba; su rostro no revelaba ninguna sensación; su mirada fría distanciaba a los hombres a quie-

nes había demostrado más confianza en Quito. Silencioso y severo, Huayna comprendía que para esta muchedumbre él no era un hombre, sino un dios.

Un cuerpo de ejército de quince mil hombres seguía las dos literas, escalonado en el orden inverso al de la vanguardia. Venían primero los soldados armados de lazos, los arqueros y, en fin, los honderos sacados de entre los robustos habitantes de las Cordilleras centrales.

Este cortejo se hacía más y más barullento a medida que se distanciaba de los dos Incas. Llegado al *Coracancha*, se paró; los soldados de la vanguardia formáronse sobre la plaza, dejando entre ellos una ancha avenida para el paso de las dos literas. *Yupanqui* y *Huayna* bajaron a la puerta del templo, donde los aguardaba el gran sacerdote *Titucussi*, viejo amauta, tío de *Yupanqui*. Antes que bajasen de las literas, sus servidores los habían descalzado, pues, el Inca mismo no podía entrar en el templo sino con los pies desnudos; tenía que humillarse delante del Sol, como sus súbditos delante de él. Después de haber visitado las momias de los antepasados, *Yupanqui* y su hijo se sentaron sobre los asientos de oro donde habían de reposar después de muertos. El gran sacerdote inmoló diez llamas y recogió su sangre para leer en ella el porvenir. Cuando hubo interrogado la suerte anunció a *Yupanqui* que pronto iría a habitar el palacio de *Manco-Capac*, que se hallaba en medio del mar, en una isla donde el Sol quedaba inmóvil; pero que el imperio seguiría poderoso y aumentaría mientras un solo hombre de la raza de *Manco-Capac* reinara en el *Tavantisúyu*, como el Sol reina sólo en el cielo.

Al oír esta predicción *Huayna* frunció las cejas; era evidente para él, que uno de sus servidores debía haber repetido al gran sacerdote un pensamiento secreto que no había revelado más que a *Pacha*. Sin *Yupanqui* el gran sacerdote estaba perdido, pero *Huayna* tuvo que aplazar su venganza.

*Yupanqui* y su séquito no salieron del templo sino después que los rayos del Sol dejaron de brillar sobre el Altar. Las tro-

pas volvieron a la fortaleza. Los Incas seguidos de los guerreros escogidos salieron de Cuzco para *Yucay*.

El palacio de *Yucay* a cuatro leguas al Sud-Oeste de la ciudad, se elevaba al centro de un delicioso valle del cual había tomado el nombre. Los cultivos que lo rodeaban eran los más preciosos del Tavantisúyú. La tierra cuidadosamente regada, era además fecundizada por el huano que los Incas sacaban de las islas del Pacífico. Campos de *maíz*, de *mandioca*, de *batata*, cubrían con su poderosa vegetación los lugares elevados; los terrenos abrigados del viento estaban reservados para el cultivo de la *coca*, de las *chirimoyas* y otras plantas delicadas. Para separar los diversos cultivos, se empleaban, a modo de mojones o de setos, unas plantas o arbustos de metal, representando ordinariamente un pié de maíz o de coca, y se colocaban allí como modelos, por decirlo así, de los vegetales que la tierra había de producir.

Estas imitaciones eran hechas con un arte infinito, la del maíz sobre todo, cuyos granos de oro estaban rodeados de hojas de plata y coronadas de un penacho del mismo metal. Prescott, hablando de estas plantas artificiales, dice que los poetas italianos en sus descripciones de los jardines de Armida y de Morgana, no han imaginado nada que sea superior a lo que se veía en los jardines de *Yucay*.

---

## VI

*Ultimos años de Yupanqui — Su administración — Acueductos, caminos, corredores — Su muerte, sus funerales — Fiestas extrañas.*

Yupanqui y su hijo ocupaban en *Yucay* dos palacios separados, pero se reunían todos los días en un pabellón interme-

diario para recibir los enviados de los gobernadores. Los quipucumayas, archivos vivientes del imperio, se tenían próximos para en caso de necesidad, recordar las circunstancias de un hecho, dar un dato estadístico, dilucidar una duda sobre el curso o el volúmen de agua de un riacho que se quería utilizar para la agricultura, contestar, en una palabra, a todas las cuestiones que podían presentarse.

Este trabajo, al cual el viejo Inca se dedicaba con un ardor juvenil, era de la más alta importancia. La conquista de Quito había aumentado considerablemente la población del imperio; era necesario asegurar los medios de existencia de tantos súbditos nuevos, mejorar las vías de comunicación, mezclar las poblaciones de orígenes diferentes, para prevenir las sublevaciones y estar en condición de vigilar los proyectos de los jefes. Fué de Yucay que salieron las órdenes para la construcción del inmenso acueducto de *Condisúyu*, cuyas ruinas se pueden todavía recorrer sobre un largo de seiscientos kilómetros.

Este acueducto y otros más que Yupanqui hizo construir por unos *mitimaes* que establecía sobre las montañas, cambiaron en campos fértiles las tierras áridas de la costa donde se encuentran hoy *Trujillo*, *Paita* y *Piura*. El agua de los torrentes era recogida con cuidado y conducida por canales a lo largo de las vertientes de los Andes. Si la dirección del acueducto encontraba una montaña, la traspasaban; le hacían franquear los más profundos valles con altas y profundas murallas, pues, los quichuas ignoraban el arte de construir las bóvedas. El dilatado trabajo de la obra no asustaba a Yupanqui; suplía la falta de destreza en los trabajadores con un mayor número de brazos. Había también conseguido fertilizar la costa de Tumbes a Cobija, y la población del Tivantisúyu, que a fines del siglo quince se elevaba a seis millones de habitantes, cosechaba grano bastante para su consumo, mientras el Perú actual no puede producir lo bastante para alimentar su población de *dos millones y medio de habitantes*.

Para facilitar la transmisión de sus órdenes a todos los puntos del imperio, Yupanqui completó los caminos empezados por sus predecesores. Dos grandes calzadas arrancaban de Cuzco: la una seguía la vertiente oriental de los Andes y terminaba en *Quito*, la otra costeaba la mar y llegaba hasta Tumbes. Estos caminos eran estrechos, pero bien conservados. Puentes suspendidos formados de enredaderas, atravesaban los torrentes y a menudo las crestas de las últimas montañas estaban traspasadas por túneles, que se ven hoy todavía, para que las nieves permanentes de estas regiones no detuviesen a los *corredores* del Inca. Y aún para abrigar a estos mensajeros del Estado, se elevaban vastas casas a siete u ocho leguas de distancia unas de otras a lo largo de los caminos. No habría que creer con Garcilasso, que ideas de hospitalidad hubiesen presidido a estas construcciones: era simplemente una medida de buena administración. En el Tavantisyú, todo viajero tenía un carácter oficial.

Cada uno de estos *tambos*, cinco o seis *chasques* se tenían prontos a todas horas, para llevar las órdenes del Inca al *tambo* próximo. Es lo que los quichuas llamaban hacer correr una orden. Por medio de estas postas humanas, las noticias eran transmitidas con una increíble rapidez: se ha visto un ejemplo de este hecho que a pesar de la distancia de setecientos cincuenta kilómetros que separan a Cuzco del mar, se servía todos los días sobre las mesas de Yucay, pescado fresco traído por los chasques. Hay que notar por lo demás, que en nuestros días todavía los quichuas son los primeros caminadores y los más rápidos corredores del mundo entero. Los últimos años de Yupanqui fueron ocupados por estos pacíficos trabajos; nada turbaba la monótona existencia de Yucay. El imperio parecía querer detenerse en sus progresos; pero esta tranquilidad no debía durar largo tiempo.

Yupanqui, que, en sus cazas, había llegado hasta el *Cachapoa*, sobre la vertiente occidental de los Andes, y hasta las orillas de *Guánapache*, del lado opuesto, había comprendido que era en la dirección del Sud que el imperio de los incas debía tratar de

extenderse. Por ahí la campaña era más hermosa, los riachos eran tan numerosos que los acueductos se hacían inútiles. Las vagas nociones que había podido adquirir sobre el mundo austral, le hacían comprender que de aquel lado la conquista no tenía límites: que no había temor de ser detenido, como al Norte o al Este, por espesos e impenetrables bosques. Sus mensajeros habían salido para estudiar la dirección que debían seguir sus *mitimaes* guerreros; pero antes de su vuelta, la muerte le había sorprendido en Yucay, y Huayna se había ido al templo del Sol llevando en su *llautu* las plumas de *coraquenque*: el poder supremo había pasado en sus manos.

La muerte del Inca, daba siempre lugar a grandes manifestaciones de duelo. Yupanqui tuvo funerales de una magnificencia tal, que el recuerdo se ha perpetuado entre estas poblaciones tan olvidadizas. Las entrañas sacadas del cuerpo, fueron llevadas al templo de *Tambu*, a orillas del lago *Titicaca*, con el mismo ceremonial que se había observado en la última entrada del viejo Inca en Cuzco.

Su cuerpo quedó algunos días en Yucay. Los más célebres *amantas* lo embalsamaron en una cueva que había hecho cayar él mismo, cerca del palacio. Gran número de mujeres vinieron allí a darse la muerte. Otras más apegadas a la vida, se habían escapado; pero *Huayna* las hizo conducir delante de su antiguo amo para ser inmoladas con doce de sus portadores que debían acompañarle a las tierras del Sol. Le vistieron con ricos ornamentos, pusieron cerca de él su litera de oro y los vasos que se usaban en sus expediciones; nada, en una palabra, fué olvidado para que llegara al palacio de *Viracocha* con la pompa que convenía al soberano del *Tavantisuyú*.

Seis meses después su momia fué trasportada a Cuzco para ser colocada en el templo del Sol, al lado de sus predecesores, que estaban alineados, como lo hemos dicho, detrás del altar, sentados sobre sus tronos de oro cubiertos con sus ricos ornamentos y de todas sus alhajas.

Los primeros españoles que entraron a Cuzco no encontraron esta curiosa galería de los antiguos monarcas del Tavantisuyú: los sacerdotes las habían escondido antes de su llegada; pero el bachiller Polo de Andegardo, corregidor de Cuzco, consiguió descubrir cinco momias, entre las cuales estaba la de Yupanqui. Llevaban todas el traje de los antiguos reyes, el llautu adornado con una bellota roja, los enormes anillos de las orejas figurando tetillas y el largo manto de vivos colores. Su conservación era tan perfecta que parecían vivas. En 1580, estas cinco momias fueron llevadas a Lima. Fray Ambrosio Torres, que las vió entonces, ha dejado de ellas una minuciosa descripción. Las preparaciones a las cuales habían sometido estos cuerpos habían petrificado las carnes y fijado hasta la expresión de la cara; la piel se mantenía perfectamente tendida y golpeada por un objeto duro, rendía un sonido seco como el de la madera; ni una pestaña faltaba a los ojos; tenían sobre el cráneo los cabellos largos y rudos, como los del hombre vivo; las uñas excesivamente largas, adheridas a los dedos; las piernas y la piel del cuello presentaban la misma resistencia al filo de una navaja que un cuero de buey tendido y secado al sol.

El arte de conservar los muertos, en el cual los *Quichuas* habían sobrepasado a los egipcios, está hoy perdido del todo; los indios no tienen de él la menor idea.

La conservación de ciertas momias más modernas que se encuentran en *Tarapacá* y sobre algunos otros puntos de la costa del Perú, es debido más bien a la influencia del clima, a la naturaleza del suelo, que al arte con que se las preparaba.

Las fiestas en honor del monarca difunto se renovaron varias veces, pero lo que hay de extraño, lo que nunca se ha imaginado fuera de Tavantisuyú, es que estas fiestas eran consideradas como dadas por el viejo Yupanqui mismo en su palacio de Yucay. Los palacios de los Incas difuntos no estaban jamás habitados por sus sucesores. Los servidores de los antiguos amos allí quedaban todos y seguían entreteniéndolos. Recibían de las tierras del Inca

las raciones que les tomaban, los gobernadores de las provincias más lejanas enviaban las frutas más raras y los elegidos hacían llevar de Titicaca o de Cuzco mismo los cántaros de chicha necesarios para el servicio de las mesas. Los muertos podían así dar festines tan espléndidos como los vivos. Esta costumbre extraña explica el gran número de palacios que los españoles encontraron en el Perú.

Entre las fiestas ofrecidas por los manes de Yupanqui a sus antiguos amigos, la más ruidosa, la más espléndida, fué dada en uno de los aniversarios de la entrada triunfal de Huayna en Cuzco. Los convidados en Yucay eran numerosos; el nuevo Inca presidía el festín. Era por primera vez que el soberano se sentaba al mismo banquete que *Titucussi* el tío de Yupanqui el gran sacerdote de Cuzco.

Las mesas estaban cargadas de las frutas más exquisitas, de mangos y granadillas del *Tunguragua*, de las chirimoyas del Beni. Los jefes de los diez mil, afanosos de hacer la corte al monarca nuevo, habían rivalizado en esfuerzos para dar más brillo a la gran fiesta ofrecida por el monarca difunto: también al lado de estas frutas se veía la carne de los *pecaris* del *Ucayali*, los pescados raros de *Islay*, los crustáceos de *Coquimbo*, los *tatus* de los lejanos *Mitimaes* del Sud. Grandes vasos, que, por efecto de la presión del líquido sobre el aire contenido en la parte superior chiflaban al dar de beber, estaban llenos de *chicha* de *coati*, hecha en el convento de las elegidas del templo de Titicaca: era la más rebuscada de las bebidas espirituosas que fabricaban las *mamaconas*. Se hicieron ruidosas libaciones en honor de Yupanqui; los *haravecs* cantaron las hazañas del viejo Inca, sus *cacutas* lejanas; se encontraron aún imaginaciones bastante ricas para describir el palacio espléndido donde vivía, en las tierras del Sol. La fiesta finalizó con bailes, y, si creemos al historiador Xere, (y lo que practican aún hoy día los indios cuando la bebida los pone alegres, nos induce a confiar en su narración),

estos bailes eran seguidos de espantosas bacanales, que duraban hasta la conclusión del último cántaro de chicha.

Sin ser tan hábil como Maquiavelo, Huayna era un príncipe avisado; sabía que un rey no debe perdonar a un sujeto demasiado clarividente. El gran sacerdote del Sol, recomendado a un copero bebió jugo de *pichoa* en la *chicha* que le había servido, y sus servidores, después de la fiesta, llevaron un cadáver al *Coracancha*. Pero los convidados fingieron creer que era la borrachera que lo había muerto.

---

## VII

*Huayna Capac trata de extender el imperio hacia el Sud. — Fiestas del Raimi. — Grandes cazas. — Poblaciones del Sud de América. — Cráneos chatos y cráneos redondeados.*

La juventud de *Huayna Capac* había sido demasiado activa para que estas fiestas de Yucay y las ceremonias del culto llenasen su existencia. La muerte de Titucussi le había libertado del único hombre del cual tuviese que temer los reproches. Lo reemplazó por su sobrino *Challauchima*, y de este modo se aseguró que el gran sacerdote no vería en la sangre de las *vicuñas* sino las predicciones que él le dictaría. Al mismo tiempo confió el mando de la fortaleza de Cuzco a un Kuraca que le había acompañado en su larga guerra contra Quito.

Así tranquilizado por este lado, Huayna dejó la capital para visitar su imperio. Acompañado de un ejército de servidores tomó la ruta de la costa, para inspeccionar desde luego los acueductos que Yupanqui había hecho construir, y se paró algunos

días en *Pachacamac*, cuyo templo había tomado bajo su protección.

De camino se informaba de la producción de las tierras labradas por los *Mitimaes* después que los canales habían cambiado la naturaleza del país, y hacía distribuir a los trabajadores que ocupaban las tierras pobres, la cantidad de *huano* suficiente para hacerlas producir tanto como las de los valles más fértiles.

De *Tumbé*, volvió a los *Andes* y siguió su camino hacia la segunda ciudad del imperio. Su parada en *Quito* se alargó varios años. Ahí fué donde *Pacha*, que había sabido ser su esposa favorita, le dió *Atahualpa*, que sería el último inca del *Tavantisúyu*.

Convertida *Quito* en residencia del soberano, aumentó rápidamente. Las filas de chozas se alinearon en calles angostas como en *Cuzco*; el templo del Sol, el convento de las elegidas, pudieron pronto rivalizar con el templo y los antiguos conventos de la vieja ciudad. Unos *amautas* venidos de *Cuzco* enseñaron la lengua *quichua*, y el cuerpo de los *quipucumayas* fué allí pronto tan numeroso como en la capital. Los *haravecs*, protegidos por *Huayna* le formaban, con sus guardias favoritos una corte brillante.

*Huayna* había pensado extender sus conquistas al Norte, pero las relaciones de los *chasques* mandados como exploradores en todas direcciones, le apartaron de este proyecto. Al Oeste, el mar estaba vecino y no se encontraban más que costas bajas, pantanosas, malsanas, cubiertas de bosques. Al Norte, el país presentaba el mismo aspecto, y a cincuenta leguas apenas de la ciudad, se hallaba todavía el mar (era la bahía de *Choco*). La cordillera se extendía hacia el Este; pero esta región cubierta de bosques, presentaba pocas tierras como las que los incas habían sabido conquistar hasta entonces. Los habitantes de estas regiones no hubiesen sin duda podido resistir a los ejércitos de *Huayna*, pero tenían hábitos feroces, acostumbrados a vivir en los montes, y su asimilación hubiese sido larga y sangrienta.

Al contrario; los emisarios de Yupanqui, y los que Huayna había mandado para averiguar sus relaciones, hablaban con entusiasmo de los bellos países del Sud. Ríos numerosos corrían apacibles en medio de campañas fértiles, donde brotaban las mismas plantas que en los alrededores de Cuzco; entre los bosques se extendían inmensas praderas capaces de alimentar *llamas* y *vicuñas* en cantidad mil veces mayor que las mesetas de Puno. El clima era más suave que el de Yucay; la tierra parecía aún más favorable a la cultura de las dos plantas más estimadas en el imperio: el maíz y la papa. Los ríos arrastraban arenas auríferas como en el Perú. El color gris de las montañas, las piedras destacadas de su cima, indicaban a no dudarlo, la cantidad inmensa de plata que encerraban en su seno: Sobre las más altas montañas se encontraba el cobre casi puro, en cantidad tan grande que un *mitimaes* enviado para recogerlo, traía lo bastante para forjar las lanzas y las flechas necesarias al armamento de los guerreros del imperio, bastante para fabricar los martillos de todos los picapedreros del *Tavantisúyú*.

Huayna comprendió, con pesar quizá, que Yupanqui había tenido razón en querer llevar sus armas al Sud. Amaba todavía a *Pacha* y las mesetas del *Chimborazo*. Por su lado, la hija del *sciri* de Quito prefería la ciudad natal a la antigua capital del imperio: allí ocupaba ella el primer rango, mientras que en Cuzco, la hermana de Huayna, la *coya* del Inca, madre de *Huáscar*, el rival odiado de *Atahualpa*, no la consideraba más que como una mujer de casta inferior, a lo más como una *Kuraca*, que había de servirla.

Sin embargo la conquista no podía pararse. Huayna hizo comprender a su favorita que debía tratar de extender el imperio del lado del Sud, a fin de dejar al mayor de su raza tantas provincias como él había recibido de su padre, sin que por eso su hijo *Atahualpa* dejara de reinar.

Aunque soberanos absolutos y no debiendo dar cuenta a nadie de su conducta, los Incas cuidaban siempre de dar a sus via-

jes un carácter sagrado que impresionase el espíritu de sus súbditos. Fué, pues, al aproximarse el solsticio de verano que Huayna dejó su nueva capital para ir a Cuzco, presidir las fiestas del *Raimi*, que se celebraban el día en que el sol después de haber alcanzado el extremo de su carrera al Sud, volvía hacia el Norte. Todos los nobles del imperio, debían concurrir a Cuzco para tomar parte en esta fiesta. El cortejo de Huayna, aumentaba, pues, a medida que se acercaba a la ciudad santa.

La fiesta empezaba por tres días de ayuno, durante los cuales nadie podía encender fuego en la ciudad. El día designado por los Amautas, el Inca y su corte llegaban desde la alborada al *Coracancha*, seguidos de toda la población, para celebrar con cantos la salida del Sol. En estas ocasiones, los Incas y los Kuracas lucían sus adornos más brillantes, desplegaban toda su magnificencia, y sus súbditos los imitaban como podían. Todos los que disponían de suficiente número de servidores venían bajo doseses de ricos colores, que llevaban pajes vestidos de géneros brillantes. La plaza de Cuzco y las calles adyacentes desaparecían bajo estos velos ondeantes .

A medida que el Sol se elevaba al horizonte, los cantos se volvían más estrepitosos; en fin el Inca bebía en honor del dios del Tavantisúyu y hacía correr la *chicha* en vasos de oro. Después de lo cual los nobles, quitándose sus sandalias entraban en el templo, donde una *llama* sin manchas estaba sacrificada a la divinidad. Las *mamaconas* de los conventos aparecían entonces conduciendo doce elegidas que tenían un vaso de oro, cuidadosamente pulido, en el fondo del cual estaba una pelota de algodón dispuesta de tal modo que los rayos luminosos, al concentrarse, pudiesen inflamarla. Entre tanto, la más bella de las vírgenes frotaba vivamente dos pedazos de leña encima del algodón a fin de conseguir más pronto el fuego sagrado que debían mantener hasta la próxima fiesta.

Con el fuego así conseguido, se encendía una hoguera de plantas resinosas en la cual arrojaban, como ofrendas, perfumes

y granos de maíz. Bajo las cenizas que sacaban de ella, las elegidas hacían cocer panes de maíz destinados al servicio de la mesa del Inca en el banquete que seguía a la ceremonia. Los nobles no participaban solos de este banquete nacional; el Inca hacía traer al *Coracancha* un tropel de *llamas*, que se carneaban sobre la plaza y cuya carne se la distribuía al pueblo. La jornada terminaba con bailes y abundantes libaciones, que duraban mientras había *chicha* en la ciudad. Cuando se lee en los escritos de Jerez o de Sarmiento la descripción de estas fiestas, se comprende que los pobres Indios quichuas conserven todavía el duelo de sus Incas.

Sin embargo Huayna no olvidaba los proyectos que le habían hecho abandonar Quito. Sus órdenes habían sido mandadas a sus guerreros; y cuando todos los preparativos fueron concluidos, pretextando una gran cacería en las Cordilleras del Sud, marchó seguido de cuarenta mil hombres, para reconocer los países que los incas codiciaban desde tan largo tiempo.

Las cacerías europeas, ni aún las grandes batidas hechas por los Merovingios en los montes de la Galia o de la Germania, no pueden dar una idea de estas cacerías de los quichuas. En el *Tavantisúyu* era a la vez el preludio de la conquista y una operación mercantil, si se puede hablar así.

Hemos dicho que los *llamas* amansados de Puno, así como los *guanacos* que ramoneaban sobre las Cordilleras desiertas, eran todos considerados como propiedad del Inca. La caza tenía por objeto reunir en un lugar determinado el número más grande posible de estos animales. Huayna eligió por centro de reunión el valle angosto por donde corren las nieves derretidas del *Tupungato*, el *Chimborazo* de los Andes australes. En esta estación del año el número de *guanacos* sobre estas mesetas elevadas es incalculable.

Una parte del ejército de Huayna, dividida en pelotones de cincuenta cazadores, marchando derecho al Sud, había llegado al *Tunuyán*; otra se había parado al Oeste, en el lago de *Guanaca-*

*che*; una tercera, en fin, avanzando por las mesetas más elevadas, había acampado sobre las altas montañas que separan las aguas del *Juncal*, que van al Pacífico, de los riachitos que van a perderse en los lagos salitrosos de las Pampas. Los nombres que han conservado ciertas comarcas, donde es imposible que los hombres hayan formado establecimientos permanentes como la *Laguna del Inca*, antiguo cráter de un inmenso volcán apagado, que forma un lago a doce mil pies arriba al nivel del mar: el *Puente del Inca*, bóveda natural debajo de la cual corre el río de los *Horcónes*, atestiguan que los quichuas han cazado en estas regiones.

En el momento convenido, los cazadores de Huayna, arreglando su marcha para poder llegar a un mismo tiempo al valle del *Tupungato*, empezaron a estrechar su inmenso círculo llevando adelante los temidos *guanacos* con largas pértigas guarnecidas de cintas rojas, como para asustarlos. Se paraban al anochecer y encendían grandes fuegos para mantener las pobres bestias en esta especie de parque vivo, que cada noche iba estrechándose más.

La batida duró cinco días, y había reunido en el angosto valle más de treinta mil guanacos. La caza propiamente dicha había concluído, pero es entonces que empezaba el verdadero trabajo. Hombres armados con lazos tomaban los animales en el nudo corredizo del *pegual*, otros los tumbaban con los *llaques* (boleadoras) que hemos descrito. Los viejos machos eran carneados, los jóvenes y las hembras esquilados con cuchillos y largados en seguida para ser tomados en otra batida.

La lana grosera se torcía en cuerdas con las cuales se ataba la lana más fina para formar bultos de veinticinco a treinta kilos. Los cueros de los animales carneados los tendían por medio de estacas plantadas en tierra y estiradas lo más posible. La carne se consumía por los cazadores o cortadas en largas tajadas muy delgadas se hacía secar al sol. Es esta carne secada así que se llama *charqui*; dura un año o diez y ocho meses sin descomponerse, pero no puede prepararse más que en la atmósfera seca de

las Cordilleras. En los países más húmedos hay que ponerla entre dos capas de sal para conservarla: de allí la distinción entre el *charqui* dulce y el *charqui* salado.

Los indios de Huayna pasaron una quincena en estas varias ocupaciones: cada día marchaba un destacamento para el Norte cargado de lana, de cueros o de charqui.

Huayna que tenía todavía cerca de doce o quince mil hombres, dejó las montañas, y siguiendo las orillas del *Tunuyán*, llegó a las llanuras salitrosas donde este río se pierde en el inmenso pantano que los indios llaman el *chadilewvu*, y al cual los españoles dieron más tarde el nombre de Desaguadero. Según los relatos de los chasques, debía encontrar al Este otras montañas, otras comarcas tan abundantes en venados como los valles que acababa de recorrer. Efectivamente, del *chadilewvu* apercibió otra cordillera corriendo paralelamente a los Andes: eran las montañas llamadas más tarde *Sierras de San Luis*. Costeando su vertiente occidental volvió a tomar la dirección del Norte, para volver a la antigua capital del Tavantisúyu.

En esta larga vuelta, los quichuas atravesaron un país fértil, bueno para colonizar, pero casi desierto. Los habitantes huían, al acercarse ellos, como los guanacos de las Cordilleras; pero los que habían podido detener hablaban todos el mismo idioma que los indios de las orillas de *Cachapual*, que Yupanqui había visitado muchos años antes.

Huayna, siguiendo la táctica de los Incas, hizo el mayor número de prisioneros que pudo, y los llevó a sus Estados donde los distribuyó como servidores entre sus amautas, que recibieron la orden de sacar de ellos todos los informes posibles sobre el país que habitaban.

Pero en estos hombres que, esparcidos, no podían ofrecer una resistencia seria a las importantes masas de los quichuas, Huayna encontró una arrogancia que lo dejó admirado. Porfiados, indiferentes a los buenos como a los malos tratamientos, casi siempre rehusaban hablar. Sus amos no pudieron recoger más que

noticias vagas; todo lo que pudieron saber de ellos, fué que su país era inmenso y que su única ocupación era la guerra o la caza.

La repugnancia de estos hombres para todo trabajo regular era insuperable; su indiferencia para las fiestas que gustaban tanto a las otras poblaciones indias, su desprecio por la ciencia de los amautas, eran incomprensibles. No era sino con la más grande dificultad que aprendían el idioma del Tavantisúyu, y no se consiguió hacerles olvidar el suyo como lo habían hecho los indios de Quito o de *Tunguragua*.

Huayna no sabía que sus prisioneros eran indios de cráneo chato, tan antipáticos a toda civilización como predipuestos estaban los indios de cráneo redondeado.

Estas dos razas se encontraban en presencia de toda América. A lo largo de los Andes estaban los quichuas, cráneos redondeados y los Aucas, cráneos chatos. En los países de los grandes ríos del Sud-Este a orillas del Paraná y del Uruguay, se encontraban los *guaraníes* y los *guaycurús*: en el Brasil, los *guapindanes* y los *tacahuanas*; al Norte, entre el Amazonas y el Orinoco, los *huaranos* y los *caraiibes*.

En todas partes los cráneos redondeados se mostraban más adelantados en las artes primitivas. Habitaban casi siempre las mismas comarcas y cultivaban algunas plantas alimenticias. Todos edificaban chozas o grandes cabañas, dormían sobre camas o sobre hamacas; pero todos estaban sometidos a un gobierno despótico y teocrático.

Los cráneos chatos eran en todas partes más salvajes; llevando una vida errante, no subsistían más que de caza o de pesca; algunas pieles de animales tendidas sobre unas ramas, le formaban un abrigo que sus mujeres podían transportar fácilmente en sus constantes emigraciones. Su vida era dura, llena de privaciones, que parecen insoportables al hombre civilizado; pero vivían libres; la autoridad del cacique o jefe que se daban, duraba tanto como su expedición para la cual lo habían elegido.

¿Habremos de atribuir al acaso la presencia de estas dos razas sobre el suelo americano? ¿No será más lógico ver en esto una de esas mil previsiones de la naturaleza para asegurar los destinos de la humanidad? Las mismas condiciones atmosféricas que desenvuelven el botón hacen abrir el huevo de la mariposa: la oruga encuentra también cerca de ella una hoja bastante tierna para poder alimentarse con ella.

Del mismo modo en el nuevo mundo, la naturaleza puso la raza dócil que se civiliza pronto, pero que se deja dominar, al lado de la raza más áspera que tarda más en pulirse, pero que sabe conservar su personalidad, que se pierde generalmente en los primeros ensayos de civilización.

La impenetrabilidad de la raza Auca determina las conquistas de los Incas. No es porque las poblaciones de las Cordilleras australes fuesen bastante compactas para oponer una barrera a los ejércitos del Tavantisúyu, se tomaba, fácilmente posesión de la tierra; pero para cultivarla, había que despoblar sin compensación el viejo país. Allí los *mitimaes* se establecían fácilmente y no conseguían dar nuevos súbditos al imperio.

El único establecimiento un poco estable que habían formado los Incas, a principios del siglo diez y seis, en los países recorridos por Huayna durante la cacería en el *Tupungato*, se encontraba por el grado 29 de latitud Sud, a algunas leguas abajo de la ciudad actual de Santiago del Estero.

---

## VIII.

## LOS VIRACOCHAS

*Huáscar y Atahualpa — Llegada de los Europeos en la América meridional — Conquista del Perú — Los tesoros fabulosos — Sobreexcitación que causan en Europa.*

Huayna Capac residía en el Cuzco o en Quito. Las dos ciudades prosperaban igualmente; cada una era la residencia de una reina. La madre de *Huáscar*, que residía en Yucay, no disimulaba su odio por la madre de *Atahualpa*. Esta última vivía al pié del Chimborazo, en un palacio que no le cedía en nada al de Yucay. *Atahualpa*, aunque de veinte años a penas, estaba a la cabeza de las tropas del Norte y mandaba como soberano sobre esta parte del imperio. *Huáscar* sin tener bajo sus órdenes un ejército tan considerable, gobernaba por su padre la ciudad de Cuzco y las provincias antiguas hasta el Tunguragua.

Huayna Capac preparaba la división del Tavantisúyu, sin atreverse todavía a hacer conocer sus intenciones, tan grande era el respeto por las instituciones del primer Inca Manco-Capac.

En 1522, Huayna guerreaba contra unas tribus del Cochabamba, cuando recibió un mensaje alarmante de *Atahualpa* que le anunciaba que unos hombres barbudos, teniendo a su disposición medios sobrenaturales, y en los cuales el pueblo veía *Viracochas*, habían llegado al río *Birú*. Parecían vivir sobre el mar en unas casas flotantes de dimensiones inmensas. Lo que asustaba sobre todo al gobierno del Norte era que estos hombres estaban defendidos por el rayo que guardaban en unos tubos de un metal desconocido.

Huayna alarmado a su vez, abandonó inmediatamente el ejército y marchó con todo apuro para Quito.

Las declaraciones de los indios que habían visto a los hombres del mar en el río *Birú* aumentaron sus temores. Este nombre de *Viracochas*, que sus súbditos se obstinaban en darles, los hacían más temibles que las armas extrañas que los defendían. *Viracocha*, en efecto (en idioma Quichua, espuma del mar) era el nombre del Sol. Miraban a estos recién llegados como seres superiores a los Incas.

¿No era natural que un soberano cuya autoridad descansaba sobre una superstición, temiese una superstición nueva que podría, en un momento, aniquilar su poder?

Aunque los extranjeros hubiesen desaparecido después de una corta parada, *Huayna* temió su vuelta, y para estar siempre pronto a rechazarlos, hizo venir a *Quito* sus mejores guerreros, a la cabeza de los cuales se proponía ir a esperarlos sobre la ribera: pero la enfermedad le detuvo en *Quito*, y pronto sintió que le quedaban pocos días de vida.

Queriendo, antes de morir, poner el sello al proyecto que había desde mucho tiempo, concebido y preparado, dividió el *Tavantisúyu* entre sus dos hijos, recomendando a *Atahualpa* vigilar todas las costas del Pacífico, a *Huáscar* continuar sus conquistas al Sud. Poco tiempo después se extinguió.

Así empezaba a cumplirse la profecía del viejo *Titucussi*; el *Tavantisúyu* dividido entre dos dueños, debía perecer. La concordia, en efecto, no duró entre los dos Incas. Las tropas que *Huayna* había dejado a *Atahualpa* marcharon contra las tropas de *Huáscar*. Este último, derrotado en *Quipaypan*, fué hecho prisionero y *Atahualpa* entró vencedor en *Cuzco*. Aterrorizados por sus crueldades, los partidarios de *Huáscar* no osaron moverse y el hijo de *Pacha*, un *Kuraca*, un intruso, ciñó el *llantu* de plumas de *coraquenque*.

El nuevo monarca olvidando a los habitantes del mar que lo habían alarmado tanto, quiso continuar su conquista al Sud; pero las tribus de esta extremidad del mundo debían escapar a la dominación de los Incas. Siete años después de la muerte de *Huay-*

na, los *Viracochas* desembarcaron en Tumbé y ciento sesenta y cinco aventureros iban a conquistar un imperio de seis millones de habitantes. Cuando este tropel de esclavos vió al hijo del Sol en los hierros se creyó en poder de los Viracochas, y haciendo estrangular a *Atahualpa*, Pizarro mató el imperio.

La historia de los Incas antes de la conquista había sido la historia del Tavantisúyu; la historia del Perú vino a ser desde entonces la historia de los conquistadores. Los indígenas, estas bestias de carga con forma humana, estos quichuas que los Incas mataban cuando tropezaban debajo de sus literas, no cuentan más después que antes de la conquista.

Durante la corta cautividad de *Atahualpa*, algunos Incas intentaron un simulacro de resistencia, destruyeron los puentes y cortaron los caminos para detener la marcha de los conquistadores, un cuerpo de ejército mandado por *Calcuchima* se atrevió a presentarse delante de aquel puñado de aventureros, entre *Xauja* y Cuzco, pero una carga de algunos caballeros mandados por el intrépido Soto, bastó para dispersarlos. La ocupación, desde entonces, no encontró más dificultad.

Desgraciadamente la desolación marchaba sobre los pasos de los recién llegados, y este país hace poco tan floreciente, no presentó luego sino ruinas y arenales desiertos. Los quichuas abandonaron sus cultivos: Las provincias del Este volvieron a caer en su antiguo estado salvaje. Quito fué ocupado por otros aventureros. Dejaron caer en ruinas los acueductos que valían más que todo el oro encontrado en el *Coracancha*; los torrentes volvieron a tomar su curso y la costa, después de haber alimentado una población dos veces más numerosa que la del Perú actual, volvió a ser árida y desierta como en el tiempo de Manco-Capac.

El Tavantisúyu perdió todo al perder sus Incas, hasta su nombre: destino que no se puede comprender sino por un país gobernado despóticamente. Los gobiernos que se ha convenido en llamarlos fuertes son en realidad los más débiles, los menos estables; el menor accidente basta para hacerlos caer. Apoyados

sobre la voluntad, sobre la vida de un amo, son variables y frágiles como la voluntad o la vida de un hombre. El individuo que no tiene nada, que no posee nada, cambia de amo con una completa indiferencia. Los quichuas acostumbrados a la obediencia, trabajaron en las minas de los españoles como en los acueductos de los Incas; la condición para ellos era la misma.

Pero los Incas se habían mostrado, si se puede así decir, pastores más hábiles; cuidaban de aumentar su rebaño, de mantenerlo en las mejores condiciones para conseguir por una más fuerte reproducción un aumento en el número de sus súbditos. Los españoles, al contrario, empleaban muchos en los penosos trabajos de las minas, y bajo su dominación, la población disminuyó rápidamente.

Sin embargo los reyes de España quisieron asegurar por medio de leyes equitativas, la protección debida a los doce o quince millones de súbditos, que dos soldados oscuros, Cortés y Pizarro les habían dado. Los jurisperitos españoles fueron encargados de preparar un código especial para las Indias, que fué en efecto promulgado. Trabajo perdido: los Indios estaban demasiado embrutecidos por el despotismo para que pudiesen aprovechar de la libertad que se les daba. Usaron de ella para trabajar lo menos posible, para vivir aislados y miserables sobre sus montañas o para esconderse en los bosques, en donde volvían a tomar la resistencia de fieras de la cual les habían sacado los Incas. Para hacer de ellos hombres los españoles del siglo diez y seis necesitaban una ciencia que los sabios del siglo diez y nueve consideran como una miserable chochez.

Los españoles tenían además muchas otras ocupaciones: Francisco Pizarro, un bastardo, un pobre pastor de chanchos, en Trujillo, hecho marqués, caballero de Santiago, había sido admitido a la audiencia del rey. El rescate de *Atahualpa* había producido a *Cajamarca* un valor equivalente a 77,500,000 francos, la cual después de sacada la quinta parte atribuída a la corona, había sido repartida entre los ciento sesenta y cinco aventureros

que componían el primer ejército que bajo las órdenes de Pizarro había tomado al Inca en el centro de su imperio. En la toma de Cuzco, habían tenido que repartirse un nuevo tesoro; cada hombre de pié había recibido por su parte 165,000 francos, cada caballero 330,000. América era, pues, el Eldorado tan soñado, donde se ganaba en unos días, riquezas, consideración, nobleza. Al pobre plebeyo, aquel país del oro ofrecía la seductora perspectiva de llegar de un salto al primer rango; al hidalgo arruinado la de volver a dorar su blasón sin degenerar, de enriquecerse a grandes lanzadas con el botín tomado a los idólatras y combatiendo a la vez por la propagación de la fé.

Jamás tierra lejana provocó tan bellos sueños; todos los espíritus estaban dominados por una fiebre de emigración, que trastornó la España del siglo diez y seis. Oleadas de emigrantes se sucedían sin interrupción en las calles de Sevilla, esperando con impaciencia la salida de las flotas.

Las Antillas eran el punto de cita general de todos estos aventureros. De allí, unos iban a Méjico, otros a Panamá para llegar al Perú, otros a Cartagena y a Santa Marta.

Pero la ambición de los españoles de entonces no estaba satisfecha con todos estos tesoros y maravillosos descubrimientos. Colón había salido para descubrir no un nuevo mundo, sino un camino más corto para llegar a las islas de las especias, el país de la seda, que los portugueses habían abordado, doblando la extremidad austral del Africa. Allí es a donde había que llegar. Es por eso que los reyes de España no cesaban de animar, de provocar nuevas expediciones que debían continuar la empresa iniciada por Colón.

## APENDICE A.

### VOCABULARIO

De voces quichuas en su mayor parte usadas por el autor y ordenadas con su equivalencia castellana por el traductor.

**Aclla-huasi**—Casa de recogidas; convento de las vírgenes del Sol en Ynti-pampa, plaza principal de Cuzco. V. Mamacona.

**Aclla-cuma**—Título dado a las vírgenes del Sol.

**Acon-cacua** vel **Acconcahua** vel **Accon-Cahuak**, según los A. A.—**Aconca-gua**—El que mira; vigía o centinela de piedra. Montaña de los Andes chilenos.

**Aconquijsa**—Tierra alta, cerro nevado y cordillera, entre las provincias de Tucumán y Catamarca — Unos derivan este nombre de **Acuy-hichac**—Separador de corrientes: otros de **Accon-Chillay**—Roca blanca; **Aconquijsa** — Tierra que no se seca.

**Aimará**—Fue una nación conquistada por el Inca **Capac-Yupanqui**. En el reinado de **Hahuar-Huáscar** probó su fidelidad ayudando al Inca contra las provincias sublevadas del Oeste. Se extendía la población Aimará por las provincias del Noroeste de la República Argentina y el Perú, Meridional (Bolivia). Su lengua era semejante a la quichua con varios dialectos.

**AKña**—Licor fermentado de maíz. V. **Chicha**.

**Aipacu-Alpaca**—Especie de llama indígena: Rumiante del género **Auchenia** **Paca** (Aurum). En el Perú se domestica.

**Amaru**—Gran Serpiente objeto de veneración de parte de los Incas, como espíritu diabólico.

- Amarucanchar**—Corral de serpientes grandes de Cuzco.
- Amauta**—Título dado a los filósofos, astrólogos o adivinos, en tiempo de los Incas.
- Ampascachi**—Se traduce por Ampas—Río, agua y Cachi—Sal, salado. Nombre del Río Salado o Juramento.
- Ambato**—Ampatu—Sapo. Es el nombre de un cerro de Catamarca, según Lafone Quevedo.
- Anti**—Región del Perú, que dió nombre a la gran cordillera occidental de la América del Sud.
- Antis**—Los Andes—Arriba, cerro, sierra doble, región metalífera, según los A. A. En esto de etimologías no siempre están de acuerdo los filólogos.
- Antisúyu**—Nombre compuesto de Anti, región y súyu, pertenencia; una de las cuatro grandes divisiones del Imperio incásico. Vide: Cuzco.
- Apaccheta**—Apacchicha—Nombre dado a los montones de piedras llevadas por los viajeros en las cordilleras como ofrenda.
- Apurimac**—Río a ocho leguas de Cuzco; límite occidental del primitivo Imperio de los Incas; es el afluente más meridional del Amazonas y riega los valles de Janja y Paucartambo.
- Apurucu**—Nombre dado a la Llama usada para la carga.
- Ascu**—Papa—(Solanum tuberosum)—Linn.
- Ascumama**—Axomama—La madre de las papas — Uno de tantos cultivos idolátricos de los indios.
- Ashua**—Chicha—Bebida fermentada: Vide Akca.
- Ata-Huallpa**—En el quichua de Quito—Ata—hermoso y huallpa—polluelo, según Villavicencio—El nombre del Inca, gallina, epíteto solar según Lafone Quevedo. Otros A. A. traducen: Gallo—El Inca de ese nombre era hijo ilegítimo del 12°—Inca Huayna-Capac, e hizo matar a su hermano Huáscar; pero fué hecho prisionero y ahorcado por orden de Pizarro.
- Asipa**—Raíz comestible llamada Yuca. (Tatrofa Maníhot).
- Auca**—Auca—Enemigo, traidor, rebelde; en Araucano—Auca, vale decir alzado, rebelde, cimarrón.
- Ayacuchu**—Ayacucho—Rincón de los muertos—Célebre campo en que se dió la última batalla de la Independencia (1824) en el alto Perú.

## C

- Cachi**—Sal, salado, etc. — (López).
- Cachiyúyu**—Hierba de la sal (Catamarca).
- Cajamarca**—En el quichua de Quito—Cajas, es altura, plana y Marca—fortaleza de la meseta.
- Calchaques**—Vide: Calchines.
- Calchaquí**—vel—**Callchaquí**—En quichua vale decir las sementeras o cosechas. Los habitantes de los valles andinos de Salta, Catamarca y La Rioja, en tiempo de los Incas, eran tribus que hablaban un dialecto quichua.
- Calchines**—Indios de Santa Fé, en el valle Calchín, en tiempo de la fundación de la ciudad, por Garay, en Cayastá (1573). Su idioma es desconocido, pero algunos A. A. creen que hablasen el dialecto quichua, usado por los calchaquíes, lo que no es extraño, pues, hacían excursiones a Santa Fé; de aquí viene sin duda que algún historiador llame calchaquíes a los calchines vel calchaques, en los documentos antiguos.
- Callingasta**—Tierra áspera o fuerte (López).
- Cancha**—Plaza, patio; campo de carreras—vel—Campo o sitio cercado (Mossi).
- Capac**—Rico de virtudes; magnánimo; grandioso; real; ilustre.
- Capayan**—Capac-ñan—Camino real (Lafone Quevedo).
- Catamarca**—Fuerte de la falda o de la frontera.
- Coca**—Planta cuyas hojas tostadas mascaban los indios por ser muy alimenticias (Erytroxylon coca). En la Argentina tenemos la coca del monte, en las provincias del Norte, que es una variedad de la coca real peruana.
- Cocha**—El mar; Cucha en el quichua de Quito y Coccocha en el de Charcas; significa: Lago; laguna, etc.
- Collasúyu**—Una de las cuatro grandes regiones en que se dividía el Imperio incásico—Vide: Cuzco.
- Contisúyu**—Una de las cuatro grandes regiones en que se dividía el Tahuantisúyu: Vide: Cuzco.
- Coraquenque**—Halcón grande de cuyas alas se sacaban las dos plumas para adornar la cabeza del Inca reinante: Vide: Llautu.
- Coya**—Mujer legítima y a la vez hermana del Inca. Este podía tener tres mujeres, según Velasco y las concubinas que quisiera, como lo

afirma Garcilaso de la Vega; pero la Mamanëc (V.) que vale decir nuestra madre, era la que daba hijos legítimos para suceder al Inca.

**Cozco**—Vide: **Cuzco**.

**Cundor**—Cóndor en el quichua de Quito; vel **Cuntur**; la gran ave de los Andes; en el quichua de Charcas.

**Curaca**—Kuraca—Gran Señor o Cacique.

**Cuyo**—Arena—A las provincias argentinas de San Juan, San Luis y Mendoza, le dieron los Incas el nombre de **Cuyo**, por la calidad de su suelo.

**Cuzco**—Ombigo, centro del mundo; ciudad capital fundada por Manco Capac en el centro del Imperio y también de los cuatro caminos que en forma de cruz la dividían, caminos que llevaban los nombres de las cuatro grandes regiones en que se dividía el Tahuantisúyu—Vide: **Antisúyu**, **Collasúyu**, **Contisúyu** y **Chinchasúyu**.

**Chacabuco**—Cuesta colorada. Célebre por la batalla ganada a los realistas por el ejército de los Andes, al mando de San Martín, el 12 de febrero de 1817.

**Chaco**—Chacu—Lugar de caza mayor.

**Challauchima**—Nombre del sobrino de Huayna-Capac, que sucedió a Titucassi en el cargo de gran sacerdote del Templo de Cuzco.

**Chasque**—Chasqui—La persona que marcha en comisión rápida, llevando correspondencia, mensaje, etc. Dábase el nombre de **Chasque** a los corredores del Inca o mensajeros del estado—Vide: **Tambos**.

**Chasqui**—Vale decir trocar, dar y cambiar—Correo indio—Vide: **Chasque**.

**Chicha**—Nombre dado a la bebida preparada con maíz fermentado. No confundir **Chicha** con **Aloja**.

**Chimborazo**—Una de las montañas más altas de los Andes en el reino de los Schyris (Quito); célebre por la batalla dada por Huáscar—Inca (V) contra su hermano Atahuallpa (V) siendo aquél vencido y hecho prisionero en Quipaipar.

**China**—Sirvienta.

**Chinchasúyu**—Una de las cuatro grandes regiones en que se dividía el Imperio incásico—Vide: **Cuzco**.

**Chucuyto**—Vide: **Titicaca**.

**Chunca-camayoc**—vel—**Chuncamachiyoc**—Nombre del Jefe de decuria,

la división más inferior del territorio en el Tahuantisúyu—En quichua **Chuncamachiyoc** vale decir **Comando de diez**.

**Chuñu**—Pasta de papas; alimento indio—**Chuño**.

**Chuquisaca**—Choque, cosa apeñuscada, cerrada, tupida, y saca, estéril, pelada (López).

## H <sup>(1)</sup>

**Hacari**—Valle al Este de la cordillera andina, conquistado por Capac-Yupanqui.

**Hailly**—El himno guerrero y religioso en la época de los Incas.

**Halallala**—Nombre de uno de los ríos que riegan los valles de Jauja y Paucartambo—Vide: **Apurimac**, **Halallala**, **Tunguragua** y **Urbamba**.

**Hanan - Cuzco**—Parte alta de la ciudad de Cuzco. Vide: **Huatanay**.

**Harahuec - Yaravi**—Era la Elegía en la época de los Incas. (López).

**Haravecs**—vel—**Huarahuec**—Cantor; poetas del Imperio incásico, cuyos cantos, como la lengua quichua, enseñaban a todos los hombres destinados al mando.

**Hatun-cocha**—Gran lago—Nombre del Titicaca.

**Huaca**—Nombre dado a las tumbas y por extensión a los cementerios indios—Los conquistadores pronunciaban **Guaca**. — Según la pronunciación de **Huaca** tiene varios significados: como ídolo, sepulcro, lugar sagrado, etc.

**Huallpa**—Gallo, gallina, polluelo, etc., según los A. A., pero aplicado al Inca **Atahuallpa** es forzoso darle su epíteto solar traduciendo, mejor dicho interpretándolo: **Ata**—Hermoso y **Huallpa**—Sol de alegría. (Vocab. Anónimo).

**Huanacu**—Guanaco—Rumiante del género *camelus* en el hemisferio Oriental. Vive en los Andes en tropillas de 5 a 10 desde el alto Perú (Bolivia) hasta Valdivia (Chile) y en las llanuras de la Patagonia.

**Huasayan**—**Guasayan**—Camino de atrás, en el quichua santiagueño. (Gancedo).

---

(1)—En esta letra figuran los nombres propios mal escritos con G, por carecer de esta consonante el alfabeto quichua.

- Huatanay**—Riachuelo que atraviesa la ciudad de Cuzco, Capital del Imperio Incásico y que la dividía en ciudad alta (Huanan-Cuzco) y baja (Hurin-Cuzco).
- Huasca**—Cuerda, sogá, cadena, etc.
- Huáscar**—14.º Inca cuyo nombre era **Inti-Cusi-Huallpa**, pero tomó aquel nombre por una cadena de oro que hizo construir su padre para su fuerte.
- Huasi**—Casa, habitación, asilo, etc.
- Huayco**—La Quebrada, en quichua Catamarqueño.
- Huayllay**—La poesía erótica en la época de los Incas. (López). Vide: Harahuec, Hailly y Uillana.
- Huayna-Capac**—Era el 12.º Inca, hijo mayor del Inca Yupanqui: conquistó el reino de Quito.
- Hucc-huy**—Jujui—Se deriva de **Huy**—Frontera, lejanía, y **Huccu**—de abajo o de lo hondo (López).
- Huillac-Uma**—Título de honor dado al Pontífice Supremo — Tenía el segundo puesto en el Imperio con poder despótico en asuntos religiosos. (Fernández).
- Huminta**—Humita—Pan de maíz usado por los indios.
- Huirá-Cocha**—Sobrenombre del 8.º Inca—**Viracocha**, mal escrito, pues, el alfabeto quichua carece de la letra V. Más propio sería escribir **Wuiracococha**.
- Hurin-Cuzco**—Parte baja de la ciudad de Cuzco—Vide: **Huatanay**.
- Hurin-Pacha**—Mundo bajo—La tierra.

**Ichu**—Hierba de los Andes preferida por el guanaco (huanacu) y la Vicuña.

**Inca**—Título del Emperador del Tahuantistúyu — Los indios no satisfechos con llamarlo así, lo apellidaban **Capac-Inca**, (Señor Unico) o **Capac**—Rico en virtudes, poderoso en armas, o **Intic**, **Intip-Churin** (Hijo del Sol).

**Inga**—En el quichua de Quito se dice **inga** por **Inca**; dice el filólogo Lafone Quevedo que uno de los conquistadores de Tucumán llamado **Huaman-Tito**, tenía el rango de **Inga**.

**Inti**—El Sol.

**Intic-Raymi**—Vide: **Raymi**.

**Islay**—Nombre de un puerto de Arequipa del cual se proveía de pescados raros al Inca.

**Iupanqui**—11º. Inca del Perú (V.) conquistador de Chile.

**Iucal**—Palacio en que residían los Incas a cuatro leguas al S.o. de la ciudad de Cuzco, en el valle de aquel nombre.

## LL

**Llacta**—Pueblo en lengua de Cuzco (Lafone Quevedo).

**Llacta - Huayco**—Pueblo de la Quebrada.

**Llama**—Auchenia. Lama (Illiger), Burmeister t. III. Description phisque de la Republique Argentine.

**Llaques**—Boleadoras usadas por los indios guerreros—Vide: Torzal.

**Llautu**—Señal de la dignidad de Inca, quien la lleva alrededor de la cabeza; especie de guirnalda de vivos colores, de sien a sien, con fleco carmesí, que le cubría parte de la frente, ostentando en el centro dos plumas de Coraquenque (V.) y en las orejas grandes aros de oro, cuyo peso ensanchaba los cartílagos hasta cerca de los hombros.

## M

**Macana**—vel—Maccana—Palo fuerte, con porra en una de las extremidades; más o menos de un metro de largo, etc.; en tiempo de los Incas había cuerpos de guerreros con dicha arma.

**Mama - conas**—Nombre de las directoras del convento de las vírgenes que cuidaban el templo del Sol.

**Mama - Ocllo**—Nombre de la esposa y hermana de Manco-Capac, primer Emperador de Cuzco (V.) Mama - Ocllo, quiere decir madre fecunda.—Algunos A. A. escriben Mama - Oello, cuyo error proviene de haberse impreso así este nombre en la primera edición de Garcilazo de la Vega, error de caja no corregido a tiempo.

**Mamanchec**—Nuestra madre—La que dá hijos legítimos para suceder al Inca—Vide: Coya.

**Mama - Quilla**—La madre luna.

**Mayo**—Marca.

**Mayoc**—Marca.

**Metinaes**—Colonias de 10 a 12 mil hombres que en la época de los Incas se alistaban para la guerra.

**P**

**Paca**—Nombre de la hija del Scyri de Quito, joven de extraordinaria belleza, llevada por Huayna a Cuzco, después de conquistar el Ecuador, para adoptarla como esposa.

**Pachacamac**—Nombre del Ser Supremo — De las voces quichuas: **Pa-**cha—La tierra firme (el globo terráqueo) y **Camac**, Hacedor, Creador.

**Pachamama**—La madre tierra—Adorada por los indios.

**Pampa**—Campo, llanura, plaza pública.

**Paucar-Huasi**—Palacio, casa regia.

**Paucar-Marca**—Nombre de una torre de la fortaleza de Cuzco.

**Pillcu**—Pájaro muy común en la parte superior del Pilcomayo.

**Pilluirco-Mayu**—De **Pilluirco**—Abundancia de peces y **Mayu**, río (López); otros A. A. dicen **Pisco-Mayu**—**Pilcomayo**—Río de los pájaros; pero **Piscu**, es voz quichua de **Quit** y **Mayu**, del Perú, resultando así una interpretación híbrida. Lo correcto sería **Piscu-Yacu**—Río de pájaros, porque la voz **Yacu**—Río, es quituana. El explorador Lista siguiendo la opinión de Garcilaso de la Vega, que escribió **Pillcumayu** traduce **Pilcomayo** o Río de los **Pillcus**. (V.).

**Pirú**—Nombre de un río en que entraban los españoles en la costa del Pacífico y en cuya orilla encontraron un indio llamado **Birú**; de ambos nombres se dice que formaron Perú. Esta es una de tantas leyendas acerca del origen del nombre Perú.

**Pucará**—Campo atrincherado, fortaleza.

**Puma**—El león americano. (**Felix Puma**).

**Puna**—Altura, terreno elevado.

**Q**

**Quichua**—vel—**Kechhua**—vel—**QQuechua**, que de tales modos lo escriben los A. A.; era el idioma hablado en el **Tahuantisúyu** por los súbditos del Inca. En el Perú había una provincia llamada **Qui-**

**chua**, que dió nombre a los habitantes y su lengua que tenía varios dialectos.

**Quipaypar**—Lugar donde Huáscar fué derrotado y hecho prisionero por Atahualpa.

**Quipus**—Filas de cuerdas de dos piés de largo, formadas de hilos de diferentes colores, con ayuda de los cuales se llegaba a expresar una variedad sorprendente de hechos y de cosas. Los nudos que se hacían representaban números, los colores objetos o una idea abstracta; así la paz se designaba por un hilo blanco; la guerra por un colorado y la muerte por un hilo negro, etc.

**Quipu** — Vale decir nudo.

**Quipucumayas**—Nombre dado a los guardianes de los quipus, quienes, como los **Amautas**, (V.) formaban una especie de Academia Científica.

**Quito**—vel—**Quitú**—Nombre del antiguo reino conquistado por los **Caras**, que traían a su frente a **Caran-Schyri**; Jefe de una poderosa Nación de las costas del Pacífico; cuándo la hubo conquistado **Caran**, vino del Perú **Huayna-Capac**, hijo del Inca **Yupanqui** y también lo conquistó, haciendo de la ciudad de Quito su residencia, después de tomar por esposa a **Paca** (V.) hija del **Schyri** del Reino de Quito (Vide: **Schyri**).

## R

**Raymi** — Diciembre — La fiesta pública del verano que en honor del Sol se celebraba muchos días. Era precedida por tres días de ayuno.

**Rimac**—Nombre del Río y Valle en donde se fundó Lima. Alguien ha supuesto que este nombre pudiera ser corrupción del primero porque la **R** inicial no tiene sonido fuerte en quichua. Fundado por Pizarro en 1535, es desde entonces la Capital del Perú. (Florez).

## S

**Sacsa-Huaman** — Colina de pendientes rápidas sobre la cual los Incas hicieron construir una poderosa fortaleza.

**Sara**—vel — **Sahara** — Maíz.

**Saragura**—Vide: **Túmbez**.

- Sauja - Jauja**—Provincia del Perú.
- Sciris**—Nombre dado por los Incas a los jefes de las tribus que habitaban al pié del Chimborazo.
- Scyri**—Título de los reyes de Quito.
- Súyu**—Voz quichua que expresa la pertenencia de una persona o cosa agregándose a los nombres propios— Vide: **Cuzco** y **Tahuantisúyu**.

## T

- Tahuantisúyu**—vel—**Tavantisúyu**—Algunos escriben **Tawantisúyu**. Nombre del Imperio incásico. Vale decir: País de las cuatro regiones o de las cuatro partes del mundo, según los A. A. Lo cierto es que el Imperio se dividía en las cuatro partes siguientes: **Chinchasúyu**, la región desde Cuzco a las fronteras del Norte; **Collasúyu**, desde el Cuzco a las fronteras del Sur; **Antisúyu**, desde el Cuzco a la rama oriental de los Andes; y **Contisúyu**, desde el Cuzco a las costas del Pacífico.
- Tampu**—Tambo, posada, posta, parada, etc.; eran pequeños edificios situados de 5 en 5 millas, a lo largo de los caminos, en los que se agrupaban peatones llamados chasquis (V.) o correos del Inca, que corrían diariamente cada uno de una posta o tambo a la inmediata, consiguiéndose así recorrer en el día 150 millas. Vide: **Chasque** y **Chasqui**.
- Titicaca**—vel—**Chucuyto**—Lago e Isla en su centro, así llamados por los indios del Cuzco; está encerrado por dos ramales de los Andes peruanos. La tradición refiere que allí aparecieron **Manco-Capac** y **Mama-Occllo**, en cuya región fundaron un gobierno hereditario y absoluto, llamándose hijos del Sol. En la isla se fundó un templo dedicado al Astro-Rey.
- Titucassi**—Gran sacerdote de Cuzco, tío del Inca Yupanqui. Vide: **Liaques**.
- Torzal**—Arma de guerra usada por los indios; especie de boleadores. Vide: **Liaques**.
- Tumbez**—vel—**Saragura**—Río del Ecuador que nace en los Andes, cruza el Perú y desagua en la parte meridional del golfo de Guayaquil.
- Tungaragua**—Uno de los ríos que riegan los valles de Jauja y Pancarbamba—Vide: **Apurimac**, **Hatallala** y **Urubamba**.
- Tunuyan**—Río que bajando del Tupungato (V.) se une al Desaguadero en el límite de San Luis.

**Tupu—vel—Topu**—En quichua vale decir medida, se daba ese nombre a la porción de tierra que recibía en el Tahuantisúyu cada hombre al casarse; otro tanto por cada hijo y la mitad por cada hija. Cada Topu equivalía a unos 6500 metros cuadrados poco más o menos.

**Tupungato**—Cumbre nevada de la Cordillera, Mendoza; vel: **Tupunca-tu**—la punta o pico de arriba (Oliveira).

**Tutuc-uman—vel—Tutcuman**—Gobierno del Sur que comprendía todo el territorio que hoy forma la República Argentina.

**Tunguragua**—Vide: **Urubamba**.

## U

**Ucayali**—Arbol de madera dura de la cual se hacían las masas para los guerreros del Inca; equivale a las macanas en otras regiones de América.

**Uillana** — La leyenda, la poesía épica, en la época de los Incas.

**Uma-huaca—vel—Uma-Huaccak**—La cabeza que hablaba, famosa necrópolis fundada por los quichuas al emprender la conquista del Tutuc-Uman. (López).

**Urubamba**—Uno de los ríos que riegan los valles de Jauja y Pancartambo. Vide: **Apurimac-Halallala** y **Tunguragua**.

**Vicuña**—Rumiante del género *Auchenia Vicunna*. (Cuvier). Habita en la cordillera de los Andes.

**Viracocha—vel—Wiracocha—vel—Huiracocha**—(Porque en el alfabeto quichua no figura la letra V. inicial). Fué uno de los mitos del naturalismo religioso de los peruanos—El espíritu del abismo o del mar, etc.; nombre del Soberano de los Incas; el Señor; el Amo, etc.; a los primeros españoles que llegaron al Perú les dieron ese nombre los indios, creyéndolos semi-dioses y superiores a los Incas. (Montesinos, Dr. López, etc.).

## APENDICE B

### INCAS DEL PERU

Que figuran en la obra de Arcos

- 1—**Manco-Inca**—Fué el primero de la dinastía que redujo en 1100 a los indios Bárbaros a la vida civilizada, enseñándoles las artes y el cultivo de la tierra; se fingió hijo del Sol y en compañía de **Mama-Ocillo-Huaco**, su hermana y mujer, fundó la monarquía. Los indios recibieronle como una deidad, dándole el sobrenombre de **Capac**, que vale decir: rico en virtudes.
- 2—**Sinchi-Roca**—Hijo de **Manco-Inca**, a quien sucedió en 1140; conquistó más de 60 millas al Sur de Cuzco — Por su dulzura los indios se le sometieron y reinó con su mujer **Mama-Cora**, 29 años.
- 3—**Lloque-Yupanqui**—Hijo de **Sinchi-Roca**, a quien sucedió en 1169. Organizó un ejército, construyó fortalezas y extendió el imperio hasta el canal del Lago Titicaca; reinó 34 años con su mujer **Mama-Caba**.
- 4—**Maita-Capac**—Hijo de **Lloque-Yupanqui**, a quien sucedió en 1203; conquistó las regiones de **Tia-huanaco**, **Cauquicura** y otras, reinando 41 años con **Mama-Cuca**.
- 5—**Capac-Yupanqui**—Hijo de **Maita-Capac**, a quien sucedió en 1244; atravesando con su ejército el río **Apurimac** sujetó a los **Pistis**, **Rimarás**, **Quechuas**, etc.—Reinó 41 años.
- 6—**Inca-Roca**— Titulado príncipe prudente, era hijo de **Capac-Yupanqui**; conquistó a **Tacumaras**, **Cochocasu** y **Curampa**, etc. Fundó una escuela para los hijos de los príncipes de sangre real, don-



de se enseñaba a manejar el Quipu (V.) y reinó 51 años con Mama - Micaí.

- 7—**Yahuar - Huacac**—(Que llora sangre)—Hijo de Inca - Roca.—Conquistó a Collasúyu. Durante su reinado se sublevó la región Chincasúyu y envió a su hijo para someterla, regresando vencedor. Yahuar reinó 8 años y abdicó en su hijo Ripac.
- 8—**Inca - Ripac**—Hijo del anterior, entró a reinar en 1344, con el sobrenombre de Viracocha - Inca. Hizo algunas conquistas. Reinó 36 años con su mujer Mama - Runtu.
- 9—**Inca - Urco**—Hijo de Inca - Ripac, entró a reinar en 1380. Solo reinó 11 días por haberlo depuesto los Grandes del Imperio, por inepto.
- 10—**Pacacutec**—(Que da nuevo ser al mando)—se le puso ese nombre en vez de Titu - Manco - Capac, por haber restablecido el Imperio, extendiendo sus dominios, lo que le valió el título de Conquistador. Reinó 60 años con Mama - Huarco.
- 11—**Yupanqui**—Hijo del anterior, siguió el ejemplo de su padre, llevando su conquista sobre algunas tribus de Chile. Entró a reinar en 1440, adquiriendo fama de piadoso; gobernó 34 años con su mujer Mama - Chimpu - Ocllo.
- 12—**Tupac - Yupanqui**—De carácter guerrero, sometió muchos territorios, llevando el límite de su Imperio por los reinos de Quito hasta los Pastos y hasta el río Maule, por el lado de Chile. Reinó desde 1474, con su mujer Mama - Ocllo, 24 años.
- 13—**Huaina - Capac**—El Grande — Hijo de Yupanqui, conquistó muchas regiones hasta los confines del reino de Quito, en donde tuvo un hijo en la última Schyri, llamado Atahuallpa, que lo acompañó en las últimas conquistas. Como tenía otro hijo llamado Huáscar - Inca — convocó a los Grandes del Imperio para manifestarles su voluntad de dividir el Imperio entre los dos hijos: adjudicando la parte de Quito, como la poseyeron sus antecesores, a Atahuallpa, y el resto del Imperio incásico a Huáscar, su hijo que descendía de los Incas. Huaina murió en 1525.
- 14—**Huáscar - Inca**—Sucedió a su padre en el Cuzco, pero tuvo que hacer la guerra a su hermano Atahuallpa, que violando la voluntad de su padre, 5 años después de su deceso, se puso a conquistar algunos territorios que pertenecían a Huáscar; éste vencido en las batallas del Chimborazo y Quipaipar, fué hecho prisionero. Atahuallpa tomó posesión de todo el Imperio en 1532, y sus partidarios asesinaron a su hermano Huáscar.

15—Atahualpa—Hijo de Huana-Capac, el Grande, y de la hija del último Schyri de Quito (V. Paca); entró en posesión del reino en 1532, en cuyo año recibió un mensaje del conquistador español Francisco Pizarro, que acababa de desembarcar en Tumbes. Atahualpa no quiso reconocer al rey de España como soberano y fué hecho prisionero y condenado a muerte en 1533.

BENIGNO T. MARTINEZ

Paraná, Febrero de 1917.

---